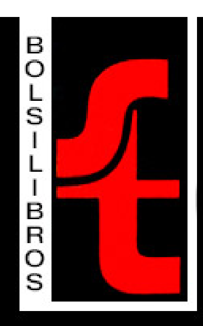


Selección TERROR

DRÁCULA 75

CURTIS GARLAND

«… Creo que lo hemos encontrado. Hago un alto para escribir estas líneas apresuradas y tensas. Estoy nervioso, impaciente. Tiemblo de excitación, como ocurre siempre que uno está al borde de un hallazgo trascendente.

»Lo hallé. Aquí, en esta tumba donde nos hemos quedado la señorita Reed, el señor Payton y yo… En la tumba del esposo de la condesa Drácula… Era tal como imaginé. Un compartimento oculto, tras la losa de ese muro. Una cripta secreta, dentro de otra cripta. Y, si no estoy radicalmente equivocado, dentro de esa segunda cripta escondida… sé *a quién* voy a encontrar… También sé lo que debo hacer. Mis compañeros serán testigos de ello. El mundo, espero, descansará tranquilo en los próximos siglos, después de que yo consiga mi propósito…».



Curtis Garland

Drácula 75

Bolsilibros: Selección Terror - 90

ePub r1.0
Titivillus 17.05.15

Título original: *Drácula 75*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Estaba tendida en su sueño de vampiro, tan llena de vida y de voluptuosa belleza, que me estremecí, como si me dispusiera a cometer un crimen. No pongo en duda que, en la antigüedad, a muchos hombres, en tareas semejantes, les fallara el corazón y los nervios. Por consiguiente, se retrasaba hasta que la misma belleza de la muerta viva *lo hipnotizaba, se quedaba allí hasta la puesta del sol, y cesaba el sueño del vampiro. Entonces, los hermosos ojos se abrían, y lo miraban llenos de amor, y los labios voluptuosos se abrían para besar…*

Memorando de Van Helsing, en *Drácula*, de Bram Stoker.

PRÓLOGO

Lancé un suspiro, cerrando el volumen donde acababa de repasar aquellas frases escalofriantes de Van Helsing, debidas a la pluma del genial irlandés. Confieso que toda aquella parte final de la célebre historia, con el sacrificio terrible de los no-muertos, y la búsqueda decisiva del Rey-Vampiro, por parte de Van Helsing y Jonathan Harker, me la conocía casi de memoria, así como otros muchos pasajes del voluminoso relato publicado en 1897.

Recordé la primera vez que había leído la historia increíble del más famoso personaje de terror jamás creado, y sentí deseos de sonreír. Tal vez lo hubiera hecho, de no sentirme, por entonces, tan profundamente preocupado. Pero resultaba curioso que uno leyera de adolescente semejantes historias, se burlara de ellas, con un escepticismo total hacia el fanático Van Helsing, el impresionable Harker, la desventurada y hermosa Lucy o el doctor Seward y la valerosa Mina Harker, y no hablemos ya hacia otros personajes infinitamente más inverosímiles, como el propio conde Drácula, héroe central de la inmortal novela. Sí, resultaba muy curioso que uno las tomara a broma… para después sentirse inmerso en una especie de obsesión como la que ahora me atenazaba.

Justamente la que me había hecho abandonar Viena, días atrás, lo mismo que hiciera Jonathan Harker en su peripecia literaria, para emprender viaje hacia el interior de Rumanía.

Una Rumanía, ciertamente, que nada de inquietante parecía ofrecerme como viajero, con aduanas donde mis divisas, en forma de libras, francos suizos o dólares, se convertían en el ley nacional, y donde cada cincuenta kilómetros de carretera se encontraba un surtidor de gasolina, un motel, indicadores turísticos hacia las ciudades de un cierto interés, y demás indicios de que la mítica Transilvania se había dejado, también, ganar su baza por el fenómeno actual del turismo.

Había abandonado Bucarest para internarme en los Cárpatos Meridionales, pero sin la loca idea, por supuesto, de llegar hasta la lejana ciudad de Bistrita, donde Bram Stoker situara el fantástico castillo de Drácula, ya que el personaje, tal como lo imaginara el irlandés, era totalmente imaginario, y, sin embargo, el verdadero Drácula, el hombre que creó la leyenda, había sido el emperador Vlad, y éste nació, conforme señalaba la historia, con decepcionante frialdad de cifras y datos, en Sighisoara, aunque su castillo estaba en Curtea de Arges, y su tumba, en la llamada Isla de Drácula, en medio del pequeño lago de Snagov, a muy corta distancia de Bucarest, y junto al monasterio de Snagov. Sólo el cementerio familiar de los Vlad —o los Drácula, como se quiera— permaneció en Sighisoara, pese a estar sepultado el famoso y siniestro *Empalador* en una cripta especial de la Isla Drácula, en Snagov.

De modo que mi destino, a fin de cuentas, sólo podía ser Snagov, y en él, la isla en que reposó Vlad, el emperador, cuya crueldad y extrañas perversiones le dieron el sobrenombre de *vampiro* entre los ingenuos transilvanos, aterrorizados por sus hechos.

Como se verá, mi viaje tenía un propósito definido que, en cierto modo, se relacionaba con el volumen que reposaba sobre mis rodillas, y cuyo título, al ser visto por un nativo, cuando detuve mi coche en un bar-restaurante de Sáltica, le provocó una extraña reacción instintiva. Se echó atrás, y contempló con ojos dilatados el encuadernado tomo, de color rojo oscuro, con la silueta del murciélago impresa en oro, junto al título y el autor de la obra.

No hizo comentario alguno, pero su aparente temor me hizo reír entre dientes. Parecía ridículo que hoy en día, mediados los setenta, en una era tecnológica, materialista y nada propicia a las supersticiones, alguien se impresionara aún ante el mágico nombre del No-Muerto creado por Stoker sobre una leyenda centenaria de los Cárpatos. En una Rumanía socialista, invadida por el turismo, aún resultaba más incongruente.

Mi nombre es Roy Fisher. Soy ciudadano británico, y procedo de Londres. Desde allí volé a Viena, donde adquirí en alquiler un coche práctico y confortable, para dirigirme a Rumanía por carretera. Y por carretera pensaba continuar hasta Snagov, a menos de cincuenta kilómetros de Bucarest.

Ahora estoy en la etapa decisiva de mi viaje. Es mediodía, y el

sol, aunque el cielo ofrece un nublado algo grisáceo, ilumina la carretera con dorados matices. Un indicador acaba de señalarme que sólo me separan veinte kilómetros de Snagov. Un rótulo del Comturist y del ACR[1] señalaba asimismo al viajero la existencia del lago, con la Isla de Drácula, y su tumba en ella. Sonreí interiormente, diciéndome que tal vez, me estaba dejando llevar por una idea ridícula e incongruente. Imaginarme como un fanático cazador de vampiros era demasiado. Pero lo cierto es que un oscuro temor, un instintivo miedo a algo que no parecía tener sentido, me había llevado hasta allí. Y ya era demasiado tarde para retroceder.

Llegaría a Snagov y visitaría la tumba de Vlad, *el Empalador*, el único y auténtico vampiro existido jamás en Transilvania, por mucho que le doliese al ingenioso señor Stoker. Luego, estaba convencido de que una serle de cosas iban a derrumbarse por sí solas, como un castillo de naipes.

Un sueño, una profecía, una ridícula reunión en el corazón del más aburguesado y apacible Londres, un gesto de terror sin límites en los ojos de una hermosa muchacha… y hasta el frío consejo de un hombre de ciencia, sorprendentemente impresionable, en mi opinión.

Todo eso era lo que tenía que derrumbarse. Confieso que allá, en Londres, me habían parecido demasiadas cosas para no hacer caso de mis aprensiones y suspender aquel viaje a Rumanía. Ahora, en el propio territorio transilvano, teatro de tanta demencial fantasía literaria, las cosas aparecían muy diferentes. Y creo que me hubiera sentido tremendamente avergonzado, de haberme visto en la obligación de confesar a algún amable policía rumano o algún ciudadano, cortés y sonriente, de los que me atendían en sus poblaciones y carreteras, sobre el verdadero motivo de aquel viaje a los Cárpatos.

¿Cómo decirles, a fin de cuentas, que un hombre como yo, joven, de ideas actuales, ejecutivo de una importante editorial londinense, cuyo *hobby* era la música *progre*…, me preocupaba por la leyenda imposible de un vampiro enterrado en Transilvania el siglo anterior… y que, sin embargo, según varios indicios, sorprendentemente coincidentes, iba a impedir mi boda con Belinda Baker, y convertirla a ella en una mujer-vampiro?

Si, ¿cómo admitir semejante disparate, en público?

Y, sin embargo, allí estaba yo. Camino de Snagov, por la turística ruta del conde Drácula, popularizada por los astutos dirigentes del turismo rumano… movido solamente por aquel absurdo, por aquel imposible, que ninguna persona en su sano juicio hubiera admitido como realizable.

Pero yo, en mi sano juicio, lo admitía como posible.

Eso era lo que me conducía a la tumba de Drácula. Preguntándome si tal vez…

* * *

Si tal vez iba a suceder todo lo premonitorio. Si era posible que una pesadilla, una echadora de cartas o *tarots*, un viejo y estrafalario quiromántico y un investigador, obsesionado con ciertas ideas, se hubieran anticipado a los hechos, presagiando un oscuro, terrible futuro para mí, para Belinda… y tal vez para muchos otros seres, condenados al más delirante horror imaginable.

A veces he presenciado cosas así en un típico filme de la Hammer[2], o en una novela de veinte peniques, y me ha divertido o intrigado como a cualquier espectador o lector al que agraden esos temas. Pero eso ha sido todo. Llevar una ficción absurda al terreno de la pura y simple realidad, de un modo brusco, brutal diría yo, resulta demasiado fuerte para un hombre, aunque ese hombre sea Roy Fisher, que no tiene nada de impresionable.

Allí, en aquel islote que emergía en medio del pequeño lago, acababa de ver ruinas y viejas reliquias del emperador Vlad. Un retrato suyo, de diabólica expresión, armas que fueron suyas, inscripciones en la piedra, con remotas fechas… Pero nada de eso se ajustaba al mito creado por Stoker, desde luego. Entre el Empalador y el conde ávido de sangre, imaginado por Stoker, la diferencia era absoluta. Vi la desilusión pintada en muchos rostros de turistas sajones, tras la visita a la cripta de Drácula en la isla funeraria de Snagov.

Hablé con un guía turístico, y me confirmó que nada podía encontrar allí sobre presuntos vampiros que hubieran sido vistos a finales del siglo XIX, y que hubiesen podido ser sepultados entonces. Todo eso formaba parte, según él, de la imaginación popular,

culpable en parte la fantasía de los escritores, de espolearla con exceso y en sentido equivocado. Para Rumanía, nunca hubo oficialmente otro Drácula: el emperador Vlad, principio y fin de la leyenda.

Me sugirió que visitara Curtea de Arges, donde estaba el castillo de Vlad, o como máximo, Sighisoara, mucho más al norte, más allá de los Cárpatos Meridionales, donde nació el emperador y se conservaba el cementerio familiar, aunque sin su cadáver. Por supuesto, podía ahorrarme el viaje a Bistrita, población con notables ruinas históricas y bellos monasterios, pero solamente relacionada con Drácula por obra y gracia de la imaginación de Stoker, al situar allí a su vampiro y su castillo.

De ese modo, resolví seguir la ruta por carretera, visitando Curtea y Sighisoara, en busca siempre de lo que me había llevado a Rumanía: el hallazgo de una cripta y de un documento.

Una determinada cripta y un muy determinado documento. Algo que estaba seguro de no encontrar jamás. Pero que solamente me permitiría dormir tranquilo cuando hubiera demostrado que nada de ello existía realmente, y que ningún peligro sobrenatural amenazaba a Belinda y a nuestro futuro.

Ella había querido acompañarme en este viaje. Yo me negué rotundamente. Valía más no correr riesgos. Era preferible que me esperase en Londres. Si existían oscuros designios sobre ella, lo último que yo haría era facilitar su cumplimiento.

Apenas me había dado cuenta, y ya era anochecido sobre el lago y la isla. No sé por qué tuve una repentina aprensión, y miré en torno mío, a los helados muros de vieja piedra del centenario recinto donde reposaba Vlad, su dueño. Algo, un susurro, un leve aleteo en alguna parte, atrajo mi atención. Una rolliza turista rubia gritó, abrazándose a su acompañante.

El guía sonrió, encogiéndose de hombros, mientras yo clavaba mis ojos inquietos en la alada forma negra que escapó de una hornacina de piedra, hacia el fondo de las sombrías escaleras que conducía a la cripta del emperador.

—Un murciélago, señores —dijo el guía en inglés, riendo suavemente—. Les aseguro que hay muchos aquí, y ninguno hizo jamás daño a nadie. Se dejan ver con las primeras sombras de la noche, y eso es todo. La relación entre Vlad y un murciélago es

totalmente irreal e inexistente, pueden estar seguros.

La lógica más rotunda así me lo confirmaba. Pero, sin saber la razón, me estremecí. Miré atrás, y una última claridad azulada del día, filtrándose por un angosto ventano ojival, pareció reflejarse en algo, allí en la oscura cripta. Por un momento, la impresión de *algo* vivo, o de alguien cuyos ojos brillaban, se hizo tan vívida, que me heló la sangre en las venas. Un momento después, ese rayo de luz desaparecía, y con él todo producto de la imaginación. La cripta estaba totalmente en sombras, abandonada de todo ser viviente que no fuesen los murciélagos.

Murciélagos…

No sé por qué, la idea no me resultó tranquilizadora. Cuando abandonaba la isla, era ya noche cerrada. Me quede a cenar y descansar en el hotel de Snagov. Elegí un típico yantar rumano, consistente en sopa de legumbres y esturión asado, con polenta de harina de maíz, en vez de pan. El postre consistió en un excelente queso de oveja. Todo ello, rociado con una copita de «tuica» como aperitivo —aguardiente de ciruelas—, y vino blanco, semiseco, de los viñedos de Segarcea.

Me acosté, en una confortable cama de madera, cubierta de bella colcha de artesanía rumana. La noche era cálida, y deje entreabierta la ventana, así como los postigos de madera. La población dormía en la sombra, salpicada de lucecillas. Más allá, en la noche, la Isla de Drácula era un túmulo funerario, flotando eternamente en el oscuro lago.

En las viejas historias transilvanas, se hablaba de muérdagos y de ajos en ristras, para ahuyentar al espíritu del Mal. Y de murciélagos que entraban por las ventanas entreabiertas, en busca de una garganta donde chupar sangre fresca de su víctima…

Miré el volumen de Stoker, sobre mi mesilla. Sonreí con cierto aire de autoburla, al descubrir la cruz de madera que, al extremo de un collar de cuentas de igual material, había traído conmigo, depositándolo sobre un estante. Era ridículo confiar en tales cosas, pero eso decían las leyendas tradicionales… Cruces de madera, estacas, cabezas cortadas en el féretro… El modo de dar muerte definitiva a los vampiros. Ajos o arbustos para protegerse de ellos.

—Cielos, acabaré por volverme loco, si sigo dando crédito a todas esas supercherías —hablé en voz alta, tendiéndome en el

lecho y apagando la luz, dispuesto a descansar antes de emprender mi viaje, al otro día, hacia el norte de los Cárpatos…

Quizá sea decepcionante decirlo, pero… no me visitó vampiro alguno, ni mi cuello ofrecía, al día siguiente, la más leve señal de mordedura funesta.

* * *

Sucedió en Sighisoara.

En el cementerio de la familia imperial de Vlad. Creo que, ya antes de llegar allí, estaba seguro de que iba a encontrarlo, para desgracia mía. O, cuando menos, para obsesionarme hasta casi la demencia. Y para hacerme temblar por ella. Por Belinda… que era la mujer a quien yo amaba, la que había de ser, muy pronto, mi esposa.

Había visitado el castillo medio ruinoso donde naciera el siniestro monarca, de fama terrible por su crueldad, por sus implacables métodos en el castigo de sus enemigos, en el modo de dominar por el terror a sus súbditos, y por su maligna predilección hacia las doncellas de su reino, que eran llevadas al soberano para su posesión. Posteriormente, se hablaban cosas increíbles sobre sus excesos y perversiones, que terminaban inexorablemente en la tortura y muerte de las infelices jóvenes en las mazmorras del castillo real.

Luego, llegó el momento de visitar un arruinado, viejo y triste cementerio familiar, donde solamente el siniestro emperador estaba ausente. Muchos de sus familiares, antepasados o descendientes, se hallaban allí, en su eterno reposo. Nichos, sepulcros, criptas y panteones recios, convertidos en ruinas, evocaban la vieja dinastía del hombre que creó una leyenda dantesca.

Y allí… allí me esperaba el horror. La confirmación de todos mis más ocultos temores. De todo lo que mi razón había rechazado constantemente, como ilógico e imposible.

Allí encontré la cripta que no deseaba encontrar. Y en ella, el terrible documento que marcaba trágicamente nuestro destino…

* * *

—Es extraño —dijo el guía, sorprendido, deteniéndose ante mí —. Ayer no estaba…

Le miré fijamente. Creo que algo hizo erizar un poco los cabellos de mi nuca.

—¿Qué quiere decir con eso de que… *ayer no estaba*? —indague, seco.

—Me refería a esa abertura, señor… Últimamente ha habido algunos derrumbamientos, por culpa de unas obras en la cercana carretera general a Tirgu Mures. Se han agrietado unas preciosas losas y lápidas sepulcrales, y se han abierto viejas bóvedas. Pero esa abertura no estaba entre ellas, ayer mismo. Tal vez sucedió durante la noche…

No era ninguna hipótesis tranquilizadora. Contemplé la abertura en cuestión. No era mucho más que una grieta, abierta en un muro que fue antes parte de un panteón real. La inscripción señalaba que allí reposó el cuerpo de un biznieto de Vlad *el Empalador*, un joven príncipe de corta vida e historia, fallecido apenas contrajo matrimonio con una condesa transilvana.

Recordé algo que mencionara, de pasada, el guía cuando, poco antes, nos mostrara las tumbas más significativas de la regia familia:

—Sólo un miembro de la familia no ha sido hallado nunca, ni se sabe dónde fue enterrado. Se trata del heredero del joven príncipe. Dicen que la viuda huyó de Sighisoara y de los demás miembros de la familia real, por razones inexplicables, y el hijo nunca fue príncipe, por tanto, sino simple conde, por razón del título materno… De su paradero, nada se supo jamás, como tampoco del lugar donde al final reposaría…

Me estremecí, fija la vista en aquella ancha grieta abierta en el muro del viejo panteón en ruinas. Su interior era impenetrablemente oscuro. Oí hablar al guía, pidiendo a los demás turistas, visitantes del cementerio imperial, que siguieran adelante, hacia las inmediatas ruinas de un viejo monasterio, donde los miembros de la familia acudían a los oficios religiosos. La petición también iba dirigida a mí, en tanto el guía se disponía a informar de lo sucedido a alguien situado en el lado opuesto del recinto, quizá un funcionario del turismo rumano.

Me quede solo en el cementerio. Los demás visitantes entraban

ya en el monasterio. El guía había desaparecido por la puerta de la vieja, herrumbrosa, verja del camposanto.

La abertura seguía fascinándome. Apenas si me di cuenta de que me movía hacia ella, de que entraba en las misteriosas sombras, situadas más allá de la grieta…

Un vaho húmedo y fétido hirió mi olfato. Pisé piedra agrietada, que se desprendía a trozos. A pesar de todo ello, seguí adelante, hacia lo desconocido, que se me ofrecía inquietante y, quizá, horrible.

Tanteando cuidadosamente el terreno para evitar la desagradable sorpresa que podía significar irme a algún hueco o zanja abierta hacia lo profundo, fui encontrando una serie de escalones cortos, planos, irregulares, como una escalera antigua, abierta en la roca viva, hacia una profundidad que debía haberme detenido con cierto supersticioso pavor, si yo hubiera sido dado a tales emociones.

No era así, y seguí adelante, incluso atreviéndome a encender la llama de gas de mi encendedor electrónico. Su luz azulada me guió en la oscuridad. Vi abajo una especie de sótano abovedado, como una cripta. Un aleteo rápido y siniestro hirió mis oídos.

Rápidas sombras, como fantasmas despavoridos, desfilaron ante mis ojos.

Otra vez ellos…

Murciélagos.

Recordé mi primera noche en Snagov, en la tumba de la Isla de Drácula. Un leve temblor afectó mi epidermis, pero dominé todo posible temor supersticioso. Yo era aún Roy Fisher, el mismo Roy Fisher, escéptico y mordaz, que conocían mis amigos de Londres. No había por qué cambiar, ni siquiera en Transilvania.

Descendí. Llegué al fondo de la cripta. Como esperaba, vislumbré un túmulo funerario, antes de apagar mi encendedor, que ardía virtualmente entre mis dedos.

Había hecho un seguro cálculo de distancias y formas, por lo que me moví fácilmente en las tinieblas. Pero, eso sí, pronto me rozaron las alas frías, viscosas, de unos quirópteros revoloteando cerca de mí, con su batir de membranosas alas, que me ofrecieron un fugaz contacto casi fúnebre, como si el hielo de la muerte misma fuese envolviendo sus formas de mamíferos voladores.

No me asustaron esos murciélagos, que, singularmente, parecían siempre servir de cortejo negro a los ilustres difuntos transilvanos, desde el poderoso y siniestro Vlad hasta el ocupante incógnito de aquella cripta ignorada hasta entonces y que, quizá, yo era el primer humano en visitar desde hacía muchos, muchísimos años de inviolada quietud entre húmedas losas de recia piedra.

Volví a prender el encendedor, y muy a tiempo. Di un paso atrás, porque casi me golpeaba con el bloque pétreo sobre el que reposaba una losa polvorienta, con alguna remota inscripción perdida bajo aquella polvareda, salpicada de abundantes masas de moho.

Miré en torno, pensativo. La débil llama me reveló solamente muros rezumantes de agua, paredes de roca viva, una gran cúpula alta, y poca cosa más. Di unos pasos en torno a la tumba, y extendí la mano, removiendo polvo y moho, para ver bajo su doble capa verdosa y grisácea lo que pudiera haber allí escrito.

No descubrí gran cosa, salvo una cifra final, incompleta: «…899». Luego, un nombre más arriba, también incompleto: «…la Vlad».

Y debajo, algo en rumano antiguo, quizá dos o tres palabras, no estaba seguro. El idioma nativo no era mi fuerte. De nuevo, el encendedor quemaba en mi mano. Lo apagué… justo cuando descubría el pequeño libro a mis pies.

* * *

El libro.

Era pequeño, como un breviario. Pero no vi cruz alguna en sus tapas de piel vieja, gastada, totalmente negra y cubierta de polvo y de moho, casi tanto como la propia losa funeraria del túmulo central de aquella cripta.

Nunca debí hacer lo que hice. Pero lo cierto es que hecho está. Y ya no puedo hoy volverme atrás.

Lo recogí. Sin encender siquiera la llama de gas. Mis dedos se cerraron sobre el pequeño volumen negro, polvoriento, húmedo y frío como los propios murciélagos, cuyas alas gelatinosas volvían a rozarme de un modo repugnante.

Pero ya no me preocupaban ni siquiera los malditos quirópteros. Aquello, entre mis dedos, era como tocar algo prohibido, remoto e inviolado. Quizá un objeto que perteneció al propio ser que reposaba allí por una eternidad.

Rápido, hice lo último que, en buena lógica, hubiera debido hacer: oculté el libro. Sencillamente, lo metí en mi bolsillo. Y, prendiendo el encendedor, corrí hacia los escalones de piedra, entre revoloteos dantescos de negros y grandes murciélagos.

Afuera, una voz llamó en inglés de acento rumano, con tono potente:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Dónde está usted?

Subí los escalones como una exhalación. Alcancé la planta superior, la grieta, y vi la claridad de la tarde, allá al fondo de la abertura. Creo que me lancé sobre ella, jadeante, bañado en sudor tan frío como las alas de los murciélagos o como las tapas del húmedo y viejo libro que reposaba en el fondo del bolsillo de mi amplia chaqueta deportiva.

Salí al exterior. Me encontré de bruces con el guía alto, enjuto, de tez bronceada y de estrechos ojos claros. Su gesto, en medio de aquellas patillas suyas, largas y canosas, revelaba cierto grave reproche, al mirarme tan de cerca.

—Señor, ¿qué hacía usted ahí dentro? —preguntó, con acritud—. No debió hacerlo. Está prohibido visitar lo que no consta en el itinerario…

Miré tras él a dos funcionarios, uniformados de color verde oscuro, con emblemas de alguna entidad turística o cultural rumana. Se acercaban rápidamente. Traté de justificarme, de balbucear algo, e incluso estuve a punto de buscar en mi bolsillo, para entregarles el pequeño volumen hurtado de la cripta, cuando el propio guía me cortó, con un brusco ademán y una expresión áspera:

—Está bien, señor. Comprendo su curiosidad, pero no repita algo así. Reúnase con los demás visitantes, se lo ruego. Ese lugar debe ser, antes, examinado por las autoridades. ¿Vio algo especial, señor?

—No, nada —murmuré, callándome cuanto sabía—. Apenas nada. Es… o parece… una cripta. Está llena de murciélagos…

Parecía todo lo que le interesaba saber. Me hizo reunirme con

los demás turistas. Y ni él ni nadie descubrieron en mi chaqueta la presencia del misterioso libro.

Era un error, pero yo, entonces, no lo sabía. Cuando lo supe, era demasiado tarde.

* * *

Esta noche, cerré puerta y ventanas.

Al contrario que en Snagov, la noche era fría y seca. Pero creo que hubiera obrado igual, de haber sido otras las circunstancias. Algo me invitaba a ello, y no sabía a ciencia cierta lo que era. Quizá, solamente, mi conciencia culpable.

Me había apoderado de algo que, realmente, no me pertenecía, y que además era un claro quebrantamiento de las estrictas leyes rumanas, sobre tesoros nacionales y objetos de su patrimonio cultural e histórico. Era mío ahora, y estaba seguro de que sería sencilla tarea salvar la aduana, con ello en mi poder.

Me acosté, contemplando el objeto que había puesto encima de la mesilla de noche, ante mis ojos maravillados.

El volumen era pequeño como un breviario. De tapas de piel negra, deslucida, cubierta por la pátina del tiempo, en forma de polvo incrustado, de suciedad, de verdoso moho adherido ya a las tapas casi con la misma fuerza imborrable con que lo podría estar en una roca viva, allá donde la luz del día nunca llegaba. En el fondo de una cripta funeraria, pongamos por caso…

Extendí la mano. Observé, sorprendido, que mis dedos temblaban ligeramente. Retiré la mano con viveza. Como si el libro quemara.

Era ridículo aquello. Ni había por qué tener miedo… ni por qué eludir el contacto de algo tan inocente como un pequeño volumen olvidado, acaso un simple libro religioso, de muchos años atrás. Después de todo, había salido del cementerio de los Drácula con él en mi bolsillo, y nada sucedió que justificara mis temores, mientras lo llevé conmigo, burlando toda posible sospecha de los funcionarios del turismo rumano.

Ahora, en la soledad de mi dormitorio, quería examinar más atentamente el volumen. Y así lo hice, resueltamente, un momento

más tarde.

Mi mano asió el libro resueltamente. Lo abrí, sintiendo el sordo crujido de las tapas de piel, de papel amarillento, sucio, que despidió una acre polvareda bajo mi nariz. Estornudé ligeramente, apartándome de su hedor a humedad, y sonreí, escéptico, al recordar cierto dicho de mi país según el cual, cuando un hombre estornuda, el alma escapa de su cuerpo…

Mis ojos se fijaron en la letra escrita a pluma, sobre las guardas del libro, en sentido diagonal. Era letra firme, angulosa y segura, trazada con tinta desvaída, que no llegó a ser negra, sino violácea. El tiempo y la humedad habían casi borrado en parte las letras, pero todo el texto era legible:

> Profesor Claude Daniels
> Sighisoara, octubre de 1899

No parecía una dedicatoria, sino un título de propiedad. Aquel libro perteneció a un tal Claude Daniels, cosa de setenta y cinco años atrás. Era curioso: octubre…

Estábamos en los días finales de setiembre. Pero en 1974…

Pasé la hoja. Contemplé el texto manuscrito, con igual letra firme, angulosa, rápida de trazo, bastante más pequeña que la de la guarda. El mismo hombre, la misma mano, habían trazado aquel escrito.

Leí las primeras palabras con enorme interés, en la soledad de mi dormitorio, en aquel parador turístico de Sighisoara, en el corazón mismo de los Cárpatos, y a poca distancia de un cementerio donde yacían casi todos los descendientes de Vlad *el Empalador*, el único y verdadero Drácula de toda la historia de Transilvania. Aunque un monarca que tuvo descendencia numerosa a lo largo de los siglos… ¿por qué no pudo tenerla también como vampiro?

Me estremecí al recordar la tumba desconocida, el nuevo hallazgo funerario de aquel día, tras la grieta misteriosamente abierta en el camposanto…

Luego, las primeras frases del manuscrito del profesor Claude Daniels absorbieron mi atención, sumiéndome en un mundo inquietante de evocaciones, de temores, de premoniciones extrañas y diabólicas…

Empiezo este volumen cuando abandono Londres, camino de Rumanía. No sé si llegaré a terminarlo alguna vez. Me temo que no. La empresa en que estoy metido es demasiado grande para mí. Y quizá para cualquier otro, pero estoy decidido. Voy a llevarla a cabo, ocurra lo que ocurra…

No me gusta que mis acompañantes hayan resuelto venir conmigo. No será un viaje de placer, precisamente. Pero tampoco debo negarles ese derecho, puesto que siempre han colaborado conmigo en toda investigación.

Si mis cálculos son exactos, hallaremos lo que espero hallar. Justamente allí, en Sighisoara, en el cementerio de los descendientes de Vlad. Entonces será el momento de actuar. Tal y como lo tengo previsto. No puedo permitir que suceda lo que me ha sido tan claramente anunciado por ese hombre, con todo lujo de detalles. No; debo llegar hasta el fin, ocurra lo que ocurra. Todo será mejor que dejar la puerta abierta al Mal diabólico que anda suelto, a lo que viene de más allá de la Muerte…

Yo, Claude Daniels, profesor en ciencias biológicas, soy la persona adecuada para probar al mundo que no todos los mitos y leyendas son tales. Que existe *algo* que puede explicar lo inexplicable. Y que nos revelaría la presencia del Mal. Un mal que podría convivir entre nosotros, sin manifestarse en apariencia, solapado y sutil como ningún otro…

Empiezo a escribir esta historia en la primera página de este volumen con sus hojas en blanco. Sólo me pregunto: ¿en qué página dará fin mi historia? Y… ¿cuál será ese fin?

Mi curiosidad morbosa no tenía límites. Pasé hojas y hojas de apretada escritura, buscando el final del volumen.

Encontré sus últimas páginas en blanco, amarillas, de color huesudo, con bordes ocres, sin un solo signo escrito en ellas. Unas cuantas hojas aparecían rugosas, como quemadas, y en su superficie color tabaco oscuro, nada era legible. Antes de ello, un par de hojas estaban sólo quemadas en parte. Se podía leer parte de lo escrito hasta el párrafo final, trazado por el profesor Daniels.

Yo miré la fecha situada unas pocas páginas antes de ese brusco desenlace ilegible, en lo que tenía todas las trazas de ser un diario personal, dedicado a algo oscuro y, quizá, siniestro en su significado.

Leí las palabras iniciales, escritas con aquella letra angulosa y enérgica:

> Hoy, treinta de diciembre del año de gracia de 1899, está nevando intensamente en Sighisoara y hace un frío muy acentuado.
>
> Hemos llegado al cementerio de la familia Vlad. La señorita Reed y el señor Payton son mi única compañía. No me ha sido posible disuadirles tampoco de que me sigan en esta visita, quizá definitiva, al objeto de mi largo viaje hasta estas tierras transilvanas…
>
> Para comenzar mi búsqueda, apenas se haga de noche y los funcionarios del viejo cementerio imperial se alejen del recinto, iniciaré la exploración que me aconseja la lógica. Creo que la Historia se equivocó en algo, y ese algo tiene su clave en la cripta del esposo de la condesa Drácula, biznieto de Vlad *el Empalador*, padre del desaparecido y joven principito, aquel que perdió el título para convertirse solamente, por expresa voluntad materna, en Drácula Vlad, conde sin dignidades reales…

Me estremecí nuevamente. El nombre completo flotó en mi mente: *Drácula Vlad*…

Recordé la inscripción incompleta sobre la tumba cubierta de polvo y moho: «…la Vlad». Podía ser… ¿*Drácula Vlad*, si se leía completa? El jovencito conde que pudo ser príncipe. El hijo de la fugitiva y misteriosa condesa…

Traté de apartar de mí tales ideas. Continué ojeando el texto viejo y desvaído que trazara la pluma nerviosa de un hombre, un científico que ya buscó *algo* en los Cárpatos, allá por los finales del siglo…

Setenta y cinco años atrás, un hombre había escrito textualmente, en sus últimas páginas, que mis ojos fascinados seguían con ávida aprensión:

> … Creo que lo hemos encontrado. Hago un alto para escribir estas líneas apresuradas y tensas. Estoy nervioso, impaciente. Tiemblo de excitación, como ocurre siempre que uno está al borde de un hallazgo trascendente.
>
> Lo hallé. Aquí, en esta tumba donde nos hemos quedado la señorita Reed, el señor Payton y yo… En la tumba del esposo de la condesa Drácula… Era tal como imaginé. Un compartimento oculto, tras la losa de ese muro. Una cripta secreta, dentro de otra cripta. Y, si no estoy radicalmente equivocado, dentro de esa segunda cripta escondida… sé *a quién* voy a encontrar… También sé lo que debo hacer. Mis compañeros serán testigos de ello. El mundo, espero, descansará tranquilo en los próximos siglos, después de que yo

consiga mi propósito…

Y seguí leyendo. Seguí adentrándome en un mundo oscuro e inquietante, aprehendido por aquel científico en su diario. Setenta y cinco años atrás, allí mismo, donde yo puse el pie aquella tarde… algo increíble y alucinante había sucedido. Y yo parecía ser el primero y único conocedor de ello, a través de la directa transcripción de su protagonista…

PRIMERA PARTE

FIN DE AÑO DE 1889

Escribir la historia del vampiro es una empresa incierta y peligrosa.

ROGER VADIM

CAPÍTULO PRIMERO

(Del Diario del profesor Daniels)

Yvonne y Roger me están ayudando bastante.

Después de todo, es mejor así. Ya que hemos venido juntos, prefiero que la tarea la realicemos todos unidos. Terminaremos antes. Y el logro será de los tres. Creo que la empresa bien vale la pena.

Debo elogiar, una vez más, la presencia de ánimo, realmente maravillosa, de Yvonne Reed, siendo mujer, y además tan joven. Igualmente Roger Payton me está siendo muy útil en la tarea, dado su entusiasmo en ella, así como su firmeza de espíritu y su envidiable decisión.

Lo cierto es que, inicialmente, nunca pensé que las cosas fueran así. La tarea me resultaba harto difícil para personas no iniciadas, como ellos. Pero es obvio que he tenido suerte en elegir a mis ayudantes del laboratorio de Londres, donde desarrollo mis investigaciones de Biología. Ambos son eficientes, prácticos… y demuestran, por otro lado, un valor fuera de todo lo común.

Me imagino lo que hubieran hecho, en su caso, muchos de los petimetres londinenses que frecuentan nuestras aulas de estudios biológicos, o esas jovencitas que se creen con madera para llegar a la cátedra de Ciencias, sólo porque pueden asistir a un experimento de disección o cosa parecida, sin vomitar de asco en cualquier rincón.

Ellos, sin embargo, con gran sobriedad, se limitaron a insistir en ser mis compañeros de viaje. Los acepté, tras alguna larga reflexión de duda… y aquí estamos todos. Trabajando de noche, este treinta de diciembre de 1899, rozando casi el final del año y del siglo, en tanto continúa nevando afuera copiosamente, y el frío cala hasta los

huesos, en especial dentro de esta cripta mal oliente y siniestra, donde la antigua condesa Drácula reposa en el que quiero imaginar es su descanso eterno…

—Descansad un momento —he dicho, deteniendo la tarea—. La piedra está a punto de salir…

Contemplan ellos el muro de mármol atornillado, tras el cual podemos hallar un simple altar, una nueva serie de lápidas… o lo que yo imagino. Alrededor nuestro, el aire se capta cada vez más viciado. Se mueve la llama de la lámpara de petróleo, bailoteando, difusa, en la sombra, proyectando siluetas fantasmagóricas contra los muros húmedos y las lápidas de los nichos destinados a los sirvientes predilectos de la condesa. Se dice que algunos de ellos eran apuestos jóvenes del sexo opuesto, con quienes ella mantuvo relaciones equívocas. Tal vez fuese así. No me preocupan los secretos de alcoba de la dama. Es su hijo quien me preocupa realmente. El primer príncipe Vlad que no fue tal, y no figura como descendiente del emperador, en la lista funeraria de este camposanto real.

Drácula Vlad…

Siempre que menciono, oigo o escribo este nombre, me acuerdo de ese irlandés que está de moda desde hace dos años, en toda Inglaterra, a causa de su libro sobre un vampiro de Transilvania. Su personaje —me resisto a llamarle *héroe*— usaba ese mismo nombre. Es un No-Muerto de aristocrático origen. Sólo que él lo sitúa imaginariamente en Bistrita, más al norte. Pero ha recorrido previamente estas tierras. Mucha gente me ha hablado de él, el menudo y pintoresco escritor irlandés que, antes de triunfar en la literatura, ha sido crítico teatral en el *Mail* de Dublín, y empresario y colaborador leal del gran *sir* Henry Irving[3] con quien creo que aún continúa muy unido.

Sí. Stoker ha estado en estos lugares, ha visitado el escenario de su obra, previamente. Eso quiere decir que, en alguna parte, oyó el nombre de «Drácula» y… él imaginó el resto. Pero en estas tierras nunca se sabe qué hay de imaginado y qué de auténtico, captado en el ambiente, el clima, las conversaciones de los lugareños, sus supersticiones, las puertas de madera con muérdagos, las ristras de ajos colgadas para protegerse de los espíritus maléficos de la noche… Lo cierto es que existe algo relacionado con ese personaje,

acaso con su padre, no sé… Es lo que estoy tratando de averiguar. Mis estudios sobre la familia y descendencia lejana de Vlad me han conducido a esto. Y aquí. Ahora… veremos lo que el muro nos reserva, tras su placa de piedra marmórea. Quizá nada. O quizá todo, todo lo que hemos venido a buscar: una tumba.

Una tumba ignorada, con un cadáver olvidado de todos: el joven conde Drácula…

—Vamos —dejó de escribir y animo a mis compañeros con una honda inspiración—. Sigamos la tarea. Queda poco petróleo de reserva, y muy pocas horas de la noche. Antes del día hemos de salir de aquí, sin ser vistos. Las autoridades transilvanas son bastante severas con su patrimonio histórico y cultural. Si nos sorprenden aquí, habrá problemas diplomáticos con el Gobierno de Londres.

Yvonne y Roger asienten. Nunca protestan. Nunca se quejan. Son admirables, lo repito.

Poco después, los tres reanudamos la tarea animosamente.

* * *

Ya está.

Lo hemos logrado. Creo que estamos ante la puerta de lo Desconocido.

Confieso que cuando, ayudado por Roger, he separado del muro su gran panel de piedra marmórea, he experimentado la rara sensación de enfrentarme a otro mundo, a otras cosas que escapan a mi idea de lo terreno y de lo material.

—Es… es una puerta a alguna parte… —ha dicho, con voz apagada. Yvonne Reed.

Ella tiene razón. *Es* una puerta. No sé adónde da. Pero intentaremos averiguarlo pronto. Sea bueno o malo, hay que ver lo que se oculta ahí. No se puede llegar tan lejos para, después, retroceder asustado, como un timorato. Ni ellos ni yo somos supersticiosos. Nuestra educación nos impide creer en supercherías. Lo malo es que mi tesis dista mucho de defender superchería alguna, sino algo muy cierto, muy positivo, muy concreto… aunque terriblemente difícil de admitir por nuestra sociedad. Es cómodo

rechazar lo que parece imposible, sin detenerse a admitir sus probabilidades. Cada vez estoy más convencido de que existen ciegos de muy diferentes clases. Y los que son invidentes, no son siempre los más ciegos de todos…

—Sí, es una puerta —admito, perplejo, clavando mis ojos en la oscuridad—. Pero ¿hacia dónde y hacia *qué*? Me gustaría saberlo…

—Supongo que entraremos ahí —declaró Roger, con energía.

—¿Entrar? —he preguntado yo, ambiguo.

—Por supuesto, profesor —corrobora ella, Yvonne, clavando en mí sus bellos e inquietantes ojos—. Hemos venido para eso, ¿no es verdad?

Tuve que asentir, vencido de antemano. Sabía que ellos no iban a retroceder. Ni yo podía rehusarles ese privilegio que se habían ganado a pulso, con actividad, constancia y fe. También con valor, debo admitirlo. Tratar con criptas, muertos y panteones, en pleno corazón de Transilvania, y en momentos en los que toda la sociedad británica, prácticamente, devoraba la literatura fantástica de Stoker, en torno a su siniestro personaje centroeuropeo, el diabólico *vrolok* o *vikoslak*[4] de Bistrita, era ya pedir demasiado a dos jóvenes como ellos, por mucho que fuese su interés científico acerca de mis peregrinas y nunca demostradas teorías biológicas, situadas más allá de la propia Biología, ya que se referían más a la Muerte que a la propia vida.

—Está bien —admito al final, frunciendo el ceño—. Vamos allá. Espero que el posible aire tóxico, viciado ahí durante siglos, se haya renovado un poco en este intervalo. Llene el otro quinqué, Roger. Y entremos ahí dentro… con la ayuda del Señor.

No eran demasiado creyentes. Ni yo tampoco. Sin embargo, vi persignarse a Roger, mientras seguía mis instrucciones. Yvonne acarició mecánicamente la cruz de plata que colgaba de su cuello, sobre su juvenil escote, proyectando la sombra encima del seno izquierdo. Yo mismo hubiera deseado tener en ese momento un crucifijo conmigo. Y ajos. Y muérdago. Y, tal vez, una estaca de madera bien puntiaguda, para actuar como Van Helsing o Jonathan Harker en el relato de Stoker…

Porque voy a ser sincero ahora, cuando estoy a punto de penetrar en ese recinto lóbrego, maloliente y misterioso, situado más allá de la tumba de la condesa Drácula: espero hallarme con su

joven hijo, el conde Drácula Vlad, biznieto del Empalador.

Es decir: espero hallarme con un No-Muerto. Con un vampiro.

* * *

—Un vampiro… Cielos, no puedo creerlo. Su teoría debe ser errónea, profesor.

—Ojalá sea así, muchacho —digo a Roger, sombríamente, clavando mis ojos en el túmulo funerario que ocupa el centro de la cámara.

—La inscripción en la lápida está medio borrada… —señaló Yvonne, pasando audazmente sus dedos sobre el verdoso y agrisado barrillo formado por el polvo y el moho, en la lápida del sepulcro situado en medio de la cripta misteriosa.

—Sólo oculta por la pátina del tiempo, la humedad y la ausencia de aire respirable —murmuro yo—. Borraremos eso, cuando menos en parte, hasta leer el nombre y la fecha de defunción de quien ahí yace…

Roger asintió, ocupándose en destapar un frasco de disolvente químico, para proceder a la limpieza de la lápida. Cambiamos una mirada Yvonne y yo. Creo que, por vez primera, descubrí una singular palidez en su rostro ovalado, hermoso, de grandes ojos azul oscuros, limpios y profundos. El cabello suyo, de aquel suave tono rojizo, casi de color cobre vivo, le daba un nimbo luminoso, a la claridad dorada del quinqué, igual que si sus hebras fuesen arrancadas de un cable de conducción eléctrica, a plena luz.

Era extraño en ella, tan segura de sí misma, tan valerosa siempre. Me pregunté si no habría llegado yo demasiado lejos al conducirles a este momento, a este trance insólito, en una tierra extraña, en un ámbito misterioso y lúgubre, donde la Muerte parecía ser la única dueña de los humanos destinos.

Pero ya no podíamos volvemos atrás, y creo que ella lo entendía también así. Su gesto era, en cierto modo, de resolución y energía. Aunque, interiormente, un temor oculto, inevitable, animara el rescoldo de inquietud que ardía en el fondo de sus pupilas indecisas.

—¿Y después? —inquirió Roger, comenzando a pasar un trapo

empapado en la solución química, por encima de aquella pastosidad viscosa y fría que daba la pátina, entre verde y gris, a la superficie de la losa sepulcral.

—¿Después? —Enarqué las cejas. Le hubiera querido dar una respuesta concreta, pero no era fácil. Nada fácil. En ese trance, yo mismo me sentía lleno de incertidumbre, de dudas. Al fin, tras tanto vacilar, he resuelto darle una respuesta concreta, rotunda, acaso para darle firmeza a él. Y seguridad a mí mismo. He dicho, y me ha escuchado con cierta íntima sorpresa ante mi convicción—: Después… abriremos la tumba del vampiro.

—¿*El vampiro*? —La luz ha vacilado en la mano de Yvonne, y ella ha puesto rápidamente en una hornacina, tallada en la roca viva, el quinqué encendido, cuya luz bailotea incluso demasiado, como un fuego fatuo sobre los restos humanos sepultados a flor de tierra en un camposanto vulgar. Me ha mirado, preocupada, acaso con alarma—. Profesor…, ¿cómo puede estar tan seguro de…?

—¿De qué es un vampiro? —La miro fija, fríamente. Debo inculcarle a ella lo mismo que yo noto que estoy necesitando: valor, energía, firmeza. Ausencia de aprensión o terror a lo que ya no pertenece al mundo de los vivos. Y que dudo sea, totalmente, del oscuro mundo de los muertos. Por eso respiro hondo, trato de sonreír y digo—: Mi querida Yvonne, no tengo duda alguna sobre eso, como no la tuve nunca sobre lo que hallaríamos aquí, en este cementerio eslavo. Antes de que Roger limpie esa lápida, te diré lo que hallaremos en ella inscrito: el nombre del joven Vlad, el descendiente del rey maldito. En suma: el conde Drácula Vlad, hijo de la condesa Drácula y del príncipe Vlad, biznieto del Empalador… Estamos ante la morada de un ser que heredó de sus antepasados una maldición congénita, inculcada en su sangre y en su alma. Del mismo modo que un vampiro, al morder a otro ser viviente, le convierte en un *no-muerto*, vampirizándole con su última succión mortal… del mismo modo, repito, la sangre es la herencia suprema de quien lleva en sus venas sangre ajena, succionada por sus colmillos en las noches de diabólica consumación de su acto impúdico, obsceno y maligno, sobre el cuerpo de otro ser indefenso, vencido por su vampírico influjo. Así, amigos míos, no sólo es cierta la fantasía literaria de Stoker, sino que él se ha limitado a recoger leyendas y mitos de los eslavos amedrentados por la superstición

que en estas tierras provocó la existencia *real* de uno de esos siniestros *muertos-sin-descanso*… La realidad, me temo, es mucho peor aún. Y puede llegar a amenazar, alguna vez, a todo el género humano.

Hubo un silencio profundo. Y aún sigue, cuando escribo apresuradamente estas líneas en mi diario. Yvonne se abraza, estremecida, a su amigo y compañero Roger, con quien creo que le unen lazos más afectivos que la simple amistad aunque ninguno de ellos parezca advertirlo realmente aún.

Solo, en un rincón de la cripta, escribo estas líneas. La noche está muy avanzada. Quizá demasiado. Quiero alejar de aquí a estos dos buenos amigos y colaboradores míos. Para lo que debo quedarme ahora, junto a esa tumba, ellos serían más un estorbo que una ayuda. Ya les he hecho sufrir demasiado, con todo lo sucedido hasta ahora. ¿Para qué obligarles a ver lo que a mí mismo me causa pavor?

No. Nadie ha hablado aún. Ni Yvonne, ni Roger… ni yo. Creo que todo está dicho ya.

Por desgracia, mi teoría ha resultado cierta. Todo se ha confirmado, con terrible exactitud. Como algo medido previamente.

La lápida descubierta, revela ese nombre terrible, bajo el moho y el polvo acumulado durante lustros enteros:

Conde Drácula Vlad
1765-1788

Es todo. Ni un epitafio, ni una cruz, ni un indicio más. El joven conde… Rechazó su legado de rey, pero no pudo rechazar el de su sangre. Su terrorífico legado indestructible. La maldición del pasado, que comenzó en su antecesor, el emperador Vlad… Su madre, la condesa, sabía algo. Quizá, demasiado tarde, *supo* que también ella estaba poseída del Mal. Su propio esposo, hijo del hijo del hijo de otro hijo de Vlad… Su propio hijo Drácula.

Una familia escalofriante. Y ahí yace el personaje clave de la historia. Está escrito en las viejas fábulas. Me lo reveló ese adivino londinense… El maldito Godro… Godro, el adivino profesional, acertó por completo en esto. ¿Por qué no puede acertar en lo demás? Él lo ha dicho. Recuerdo aún sus tremendas palabras, las

mismas que me han movido a venir hasta aquí… Sobre todo, cuando he sabido que él *jamás* se equivoca al predecir el futuro…

Me asusta e inquieta el tal Godro. Tiene algo raro, en su modo de predecir. Esas palabras suyas, tan desconcertantes y sombrías:

«—Mi querido profesor, sucederá… Puedo verlo. Un día, se resquebrajará la tumba del No-Muerto. Y él volverá junto a los seres vivos, apenas tenga cerca de sí un ser viviente que le done su sangre para revitalizar unos tejidos que, de ser tocados por la luz del día, serían solamente polvo en el polvo… Profesor, sólo existe un medio de detener al No-Muerto… Y ese medio es encontrar su tumba, en el ignorado lugar de Transilvania donde reposa a la espera de su ocasión, ya tan próxima… Una vez allí, una estaca afilada o un hierro punzante en su corazón terminarán con su existencia de tinieblas. Luego, la ceremonia deberá terminarse con la decapitación. Sin su cabeza, el No-Muerto dejará de existir definitiva y totalmente… Así está escrito y así ha de suceder. Pero solamente un hombre sin temor y sin vacilaciones podrá hacerlo. Sólo él, profesor… antes de que muera el año. O con el siglo XX, el vampiro regresará a nosotros… para triunfar definitivamente».

Maldito Godro… Sonreía de un modo extraño y malévolo al hablar así. Como si estuviera seguro de que nada ni nadie puede oponerse al regreso del No-Muerto.

Veremos. Tal vez se equivocó rotundamente. Quizá no valoró en lo suficiente al hombre que tenía ante sí… Es un error. Su error. Voy a demostrárselo ahora sobradamente. A él y a todo el mundo.

Voy a terminar con el No-Muerto. Yo solo. Sin ayuda de nadie. En cuanto Yvonne y Roger salgan de esta cripta y me dejen solo. Solo con el sepulcro. Solo con… con *él*. Mañana es último día del año. Sería arriesgar demasiado esperar a esa noche, final del siglo XIX. Será esta noche. Cuando amanezca el 1900, el mundo nada tendrá ya que temer.

Drácula reposará sin vida alguna en su cuerpo. Con su otra existencia maldita reducida a la nada. Hecho cenizas, tras recibir la estaca o el metal punzante en su corazón… y serle cortada la cabeza por mi propia mano.

—Vamos, amigos míos —digo, al fin, dejando de escribir nuevamente—. Es hora ya.

—Profesor, preferiría… quedarme —murmura Roger Payton,

inquieto.

—También yo… —tercia Yvonne, con admirable valentía.

—No —cortó, tajante—. ¡No! Seré yo solo. No quiero riesgos para nadie. Está decidido.

—Esperaremos fuera —aceptó, al fin, Roger—. No tarde, profesor.

—No tardaré. Palabra.

—Y… ¿y si algo sucediera? ¿Cómo podríamos…?

—¿Saberlo? —Creo que he reído huecamente, como burlándome de sus temores—. No va a sucederme nada malo. De todos modos, esperad un tiempo prudencial. Si no regreso… por nada del mundo entréis aquí de nuevo. Marchaos inmediatamente, lo más deprisa posible. Y luego, informad a las autoridades, huid a Inglaterra… Prometedme eso, Roger.

—No, profesor, no podemos hacer tal cosa con usted…

—¡Prometedlo! —Me he enfurecido—. Es preciso. Absolutamente necesario que *nadie* se arriesgue a entrar aquí, si algo me sucediera. Recordadlo. Nadie cometerá ese error… bajo pretexto alguno.

—Yo dudo que sea un error, profesor. Tal vez precise ayuda. Si… si usted perdiera la batalla… podría ser terrible.

—Terrible, sí. Pero aún sería peor si vosotros dos sufrierais sus más directas e inmediatas consecuencias. Por eso mis palabras son una orden. Roger. Una orden *tajante*. Marchad en un período de quince minutos. Lejos. Muy lejos. ¡Lo más lejos posible! Y no volváis, por nada del mundo. Solamente estando lejos, distantes de aquí, os podéis librar de todo posible peligro… ¡Vamos, pronto! Cumplid lo ordenado. No quiero errores. No quiero estupideces ni sensiblerías. Pero, pese a todo… a los quince minutos… yo saldré de esta cripta, estad seguros.

Al final, Roger afirmó despacio. Yvonne corroboró su gesto con otro asentimiento. Ambos abandonaron la cámara sepulcral, dejándome solo.

Y ahora, cuando esto escribo… estoy solo. Completamente solo. Espero que ellos no vuelvan. Que cumplan mis instrucciones, si todo sale mal. Aunque voy a poner toda mi voluntad en que salga bien. En que resulte perfecto… y el vampiro deje de ser un peligro para el futuro del Hombre, como presagió el endiablado Godro, el adivino.

Si este libro continúa hasta su final, significará que triunfé. Si no… Quien lo lea alguna vez, en el futuro, sabrá lo que aconteció este treinta de diciembre del año 1899…

CAPÍTULO II

(De las Memorias de Yvonne Reed)

Roger y yo nos miramos en silencio.

Estábamos preocupados. Llenos de temor por algo que no entendíamos bien, pero que nos había llegado a asustar.

Lo cierto es que, al principio, todo parecía sencillo y simple. Encontrar una vieja tumba escondida, abrir el sepulcro y destruir un antiguo cadáver, de modo que no quedara posibilidad alguna de que ese difunto pudiera convertirse otra vez en un No-Muerto, como se llama en Europa central a los que viven en sus tumbas, poseídos de esa extraña, satánica condición de existir en una muerte aparente, con la sangre corriendo por las venas, bajo la fría piel de la Muerte, con el poder maléfico de incorporarse en la noche, atravesando todo obstáculo para llegar hasta quienes les proporcionen nueva savia vital, en forma de sangre humana, fresca y vigorosa.

Los vampiros…

Hasta hace poco, yo pensé que era simple leyenda, superstición eslava y poco más. Roger no sé qué pensaba, pero las palabras de un hombre de ciencia como el profesor Daniels, dedicado precisamente, como nosotros, a la biología, le sorprendieron e impresionaron terriblemente. Era un implícito reconocimiento de la ciencia. Admitía la existencia de los muertos-vivos. De los *burdalaks* esteparios de Rusia, de los *vroloks* eslavos…

Ahora, todo eso tomaba una forma siniestra y material: el profesor había hallado *su* cripta, *su* misterioso cadáver… ¿Hallada, también, el modo de aniquilar sus poderes satánicos? Era nuestra duda, nuestra pregunta mutua, en aquel insoportable, tenso silencio en que los minutos transcurrían allá afuera, en el cementerio

imperial de Sighisoara. Esperando. Siempre esperando…

Sabíamos que los No-Muertos emiten un largo y horrible alarido cuando son perforados por la estaca o el hierro puntiagudo. Luego, se les decapita ya en silencio. Roger y yo esperábamos ese momento angustiosamente.

No sucedió nada. Absolutamente nada. Ni un ruido. Ni un grito. Ni una voz. La cripta estaba en silencio. Roger respiró hondo, oprimiendo mi mano. La suya ardía, sudorosa. La mía estaba helada, como yerta.

—Quince minutos —susurró—. Vamos.

Temblé. Era espantoso imaginar que… Aprensiva, miré a las brumas que envolvían el lugar. Mis bolas de piel hicieron crujir la costra de nieve helada en la madrugada gélida.

Mi voz brotó junto con vaharadas de aliento.

—No, no, por Dios… —gemí—. Tenemos que recoger al profesor, ver lo que sucede…

—¡Vamos! —ordenó él, imperioso, apretando mi mano con energía—. Recuerda: es una orden del profesor…

—Una orden… —musité—. Pero Roger, comprende. No podemos… dejarle ahí, solo…

—Pasó el tiempo. Es su deseo. Sigamos. Es lo mejor, créeme.

Tiró de mí, alejándome de la cripta oculta. De súbito, me rebelé contra todo eso. Chillé, soltando su mano:

—¡No! ¡No podemos hacer eso! ¡No es humano! ¡Profesor, profesor! —Y corrí por la dura nieve, alejándome de Roger.

—¡Yvonne, no cometas locuras! —jadeó él, exasperado, lanzándose tras de mí. Y lo hizo con tanto impulso, que resbaló en el blanco elemento, helado por la baja temperatura reinante desde que cesara de nevar, cayendo de espaldas. Juró entre dientes, furioso, mientras perdía unos segundos preciosos. Oí su voz, exasperada, llena de ira y de angustia—: ¡Yvonne! ¡Yvonne, regresa, pronto! ¡No lo hagas! ¡No…!

De no ser por su caída, me hubiera alcanzado antes de llegar a la entrada de la cripta, estaba segura. Esa baza fue a mi favor. O en mi contra, nunca lo sabré a ciencia cierta.

Lo único auténtico es que llegué a mi destino. A la cripta. Y asomé a ella, dominando mi temor, mis aprensiones, llevada sólo de un sentimiento de humanidad hacia el profesor. Y de profunda

curiosidad e interés por su destino…

Al ver el interior de la cripta, emití un grito. Un terrible, largo, desgarrador grito de angustia, de terror, de incredulidad suprema. Luego… creo que me desmayé. Porque oí borrosamente la voz de Roger, a mis espaldas, mientras el suelo húmedo de la cripta venía hacia mí como si fuera él lo que se moviese.

Un suelo tinto en sangre, donde yacía una horrible cabeza humana, cortada de un tajo, lejos del cuerpo a que perteneciera. Y un cuerpo decapitado, medio convertido en polvo y en grisáceos jirones cenicientos, que ni siquiera parecían carne, sino telarañas viscosas sobre una calavera medio descompuesta por los años y años de podredumbre en el sepulcro…

Algo más allá, antes de perder totalmente la noción de las cosas, en aquel ámbito de pesadilla… descubrí también el rostro del profesor Daniels, fría máscara de muerte, con sus desorbitados ojos clavados en mí…

CAPÍTULO III

(Del relato de Roger Payton a un redactor del *London Telegram*, de Londres, en 1903)

Hace de ello tres años. Tres largos y terribles años, lo confieso…

En ellos he tenido momentos felices. Muy felices, como el de mi boda con Yvonne, mi prometida, que actualmente es la señora Payton. Y el nacimiento de un niño que, por desgracia, falleció a las pocas semanas de nacer.

Dicen los médicos que el parto ha dejado problemas serios a mi esposa. No saben si podrá tener más hijos. Cuando menos, tenerlos ahora significaría un serio peligro para su seguridad, y quizá debamos esperar algunos años, mientras los especialistas la tratan debidamente, Bien; esperaré. Es uno de mis momentos desgraciados, pero puedo superarlo, en tanto no le suceda nada a mi esposa.

No sé si ella ha podido olvidar. Me temo que no. Hay cosas que no es fácil borrar jamás de la memoria. Y, sobre todo, cosas como las de aquella horrible noche de diciembre, en 1899, allá en Rumanía…

Aun ahora, al recordar sus detalles, me estremezco de horror. Y me pregunto cómo pueden existir en el mundo cosas semejantes, sin que nadie las acepte como verdaderas. Mis palabras han chocado, desde aquel día, con el escepticismo, cuando no con la incredulidad e incluso la burla de mis oyentes. Autoridades, informadores y científicos se han burlado descaradamente de mí y de Yvonne. Quizá por eso, decepcionado de todo y de todos, he optado por abandonar las investigaciones biológicas, para no dañar tampoco a ese digno campo científico donde tuve la mala fortuna de estar laborando cuando me presté a ayudar al profesor Daniels en su

demencial tarea investigadora en los Cárpatos.

Tampoco he querido recibir a periodista alguno en estos años, me he dado de baja del Club de Amigos de la City, y no he querido darme de alta en el Club de Casados del Strand. He rechazado cortésmente ayudar a policías o a especialistas en ciencias ocultas que me pidieron mis testimonios de un viaje a Transilvania.

Todo ello ha dado por resultado que Yvonne y yo vivamos al margen de toda relación con el vampirismo, y la gente haya terminado por olvidarnos, casi tanto como nosotros a ella. Lo cierto es que hacemos poca vida social, en nuestra casita de West Ham, y que ni siquiera entre nosotros mismos se ha repetido muchas veces, en estos tres años, el tema horrible de aquel hallazgo en el cementerio imperial de Sighisoara.

Pero estoy seguro de que, en las largas noches de invierno, cuando cae la nieve como caía entonces en suelo rumano, cuando la niebla envuelve Londres como entonces envolvía las tumbas del camposanto eslavo, tras la intensa nevada, o cuando el viento aúlla con la misma fuerza con que lo hacía en las tierras ásperas y hermosas de los Cárpatos, Yvonne recuerda… tiembla. Y siente miedo. Miedo a lo desconocido. A lo que el profesor nos recomendó eludir, de la única forma que él entendía que ello era posible: huyendo, alejándose uno de allí lo más pronto que pudiera…

Quizá el error de Yvonne fue volver. Regresar a la cripta, desobedeciendo las órdenes del profesor.

Porque lo cierto es que ni ella olvidará jamás lo que vislumbró fugazmente, antes de perder el conocimiento, ni yo borraré nunca de mi mente lo que me rodeaba al salir despavorido de la cripta, con el cuerpo de Yvonne en mis brazos.

Nunca me ha preguntado por ello. Da por hecho que yo lo sé. Creo que le basta mirarme a los ojos para comprenderlo así. Prefiere dudar, pensar que, tal vez, su imaginación le jugó una mala pasada. Sabe que no, claro está. Que todo fue real. Tremenda y espantosamente real, aunque yo a veces me pregunto si, ciertamente, vi *aquello*.

Hay tantas cosas que me hacen dudar de mi razón, que ni siquiera deseo discutirlo con ella, evocarlo, confirmar mis temores… o los suyos. Es mejor así. Ignorar, olvidar, callar. Cuando menos, resulta más piadoso. Más llevadero…

Después de todo, esto es Londres. Inglaterra. Rumanía dista muchas millas de aquí. Y hay mar por medio. Algo que los vampiros no son capaces de hacer, según oí en labios eslavos, es viajar, cruzar países, atravesar las aguas… No. Por ese lado, estamos a salvo. Si Drácula existió realmente en alguna ocasión, más allá de la mente febril del profesor Daniels… Drácula sigue en Transilvania, aferrado a su tierra, a su pueblo, a su mundo. Y nunca, NUNCA vendrá aquí a importunarnos, a horrorizarnos con su presencia, estoy seguro.

Si hablo ahora de todo esto con usted, como periodista de una publicación londinense, no es con el ánimo de crearme una triste popularidad, sino con el afán de que sepan sus lectores que no todo termina en este mundo. Más allá de la muerte, en la noche, en las sombras de lo eterno, existen fuerzas incontroladas y siniestras, capaces de los horrores más inauditos que el hombre pueda imaginar. Sé que, al leer su periódico, muchos se reirán de mí. No me importa.

Yo sé que viví todo aquello. Estoy seguro. Sólo espero que, cuando muera… el eterno descanso, la paz auténtica de la muerte, se apodere de mi cuerpo. Quien no ha visto nunca a un No-Muerto, no puede imaginar lo que significa gozar de esa otra vida terrible y diabólica, que va más allá de la tumba… y puede extenderse como la más pavorosa epidemia de todos los tiempos… ¿no es cierto, profesor Daniels?

* * *

Ah, profesor… ¿Cuándo podré olvidar el espectáculo terrorífico de la cripta, con la cabeza del joven y hermoso Drácula Vlad descomponiéndose en jirones grises de carne muerta y reseca por el tiempo, sobre una calavera lívida… lo mismo que el cuerpo, que empezaba a ser sólo ceniza y huesos blandos como azúcar, bajo los jirones putrefactos de sus negras ropas?

¿Cómo borrar de mi memoria la imagen de ese ser decapitado ferozmente, con un hierro puntiagudo hincado en su cuerpo informe, hasta clavarlo a la piedra misma, tan ferozmente le atravesó, en su paroxismo purificador, el bueno del profesor Daniels, cual auténtico Van Helsing de carne y hueso?

Pero, sobre todas las cosas… ¿cómo olvidar el cuerpo mismo del profesor, rígido, con la cérea palidez de la muerte, los ojos vidriosos, fuera de sus órbitas, la boca sangrante, como sus mismos inyectados ojos, las manos agarrotadas sobre la tierra húmeda y helada… y *los dientes de la calavera de Drácula hincados, feroz, despiadadamente, en su cuello*, en una última mordedura de aquella miserable cabeza humana, separada del cuerpo por un tajo aniquilador?

* * *

Sí. ¿Cómo olvidarlo?

Es el más horrendo espectáculo al que jamás me enfrenté en mi vida. Pero, tristemente, más tarde, tras salir de allí, despavorido, alucinado, llevando en mis brazos a Yvonne, desvanecida, emitiendo gritos agudos y terribles, como si me sintiera poseso… cuando volví más sereno y consciente a la cripta por segunda vez… acompañado de los policías rumanos, que me escuchaban perplejos e incrédulos…

Entonces, amigo mío, me esperaba una escena peor aún. Mil veces peor, porque me obligó a dudar de mi propia razón, y a punto estuvo de dar conmigo en un sanatorio para enfermos mentales.

Porque en la cripta del joven conde Drácula Vlad… no había ni rastro del profesor Daniels, de su cadáver con el cuello sangrante, y la cabeza del No-Muerto adherida a él por medio de aquella mordedura escalofriante.

En vez de ello… el sepulcro aparecía intacto. El profesor no estaba allí, ni había señales de sangre. En vano fue buscado, vivo o muerto, por todo el territorio transilvano. Jamás apareció. Fue dado oficialmente por desaparecido, y no por muerto.

En cuanto a lo que contenía aquel sepulcro, nuevamente cerrado a cal y canto… jamás pude saberlo. Las autoridades eslavas se negaron en redondo a abrirlo. Era un patrimonio nacional, y, como tal, debía ser conservado y preservado.

A mí me internaron en un sanatorio, y posteriormente fui enviado a Inglaterra, como muy poco equilibrado. Yvonne me ayudó en todo, pero nunca despegó sus labios ante nadie, para

negar o confirmar mi historia.

Supongo que todo empezó y terminó aquella noche de 1899. Pero quizá valga la pena recordarlo aquí. Y luego, otra vez… tratar de olvidar, si ello es posible.

SEGUNDA PARTE

FIN DE AÑO, EN 1974

… *En Barachino, Servia, a veintisiete kilómetros de Belgrado, ciertos cadáveres abandonaron sus tumbas, sin quebrantarlas, y atacaron a varios hombres mientras dormían, sorbiéndoles tal cantidad de sangre, que dejaron de existir a los tres días.*

(Página 82, fascículo 11 del *Boletín Médico y Científico de Nuremberg*, año de 1732. Recogido por Próspero Lambertini en su ensayo «Los vampiros, a la luz de la ciencia»).

CAPÍTULO PRIMERO

(Del relato personal de Roy Fisher)

Aún me siento abrumado, confuso. Temo no entender nada. O entender muy poco.

He regresado a Inglaterra recientemente. Conmigo viene el libro polvoriento e incompleto del profesor Claude Daniels. Lo he leído hasta su terminación, en aquel párrafo inolvidable, que deja tantas cosas sugeridas y no aclara ciertamente ninguna, de cara al inmediato futuro, ni a lo que sucedió en aquel terrible momento, dentro de la cripta transilvana:

> … Voy a poner toda mi voluntad en que salga bien. En que resulte perfecto… y el vampiro deje de ser un peligro para el futuro del Hombre, como presagió el endiablado Godro, el adivino.
>
> Si este libro continúa hasta su final, significará que triunfó. Si no… Quien lo lea alguna vez en el futuro, sabrá lo que aconteció este treinta de diciembre del año 1899…

Ahí termina el relato del profesor Daniels. Es el fin de su historia, enigmática e inquietante. Lo anterior tiene menor importancia que esa secuencia final, que he seguido con el mismo interés que si se tratara de una filmación apasionante, cuyos personajes tuvieran vida real ante mí: Roger Payton, Yvonne Reed… y el propio profesor.

Y en su tumba, Drácula Vlad. El mismo lugar, la misma cripta, el mismo sepulcro que yo, *yo mismo*, he visitado en Moldavia, en esas tierras de los Cárpatos, misteriosas y extrañas…

¿Cómo desapareció la tumba, sin que los funcionarios rumanos supieran de su existencia? Hace sólo setenta y cinco años, un

hombre había llegado hasta ella, para aparecer luego sin vida, con la calavera polvorienta de un No-Muerto adherida por los colmillos a su cuello, en póstuma y terrible mordedura. Luego, la cripta apareció solitaria, el sepulcro intacto y el profesor jamás apareció. Eso lo relataba Roger Payton en un periódico de la época.

¿Quién reposa, realmente, dentro de ese sepulcro, en Rumanía? ¿Drácula Vlad? ¿El profesor?

Hubiera sido inútil explicar eso a las autoridades rumanas y pretender abrir la sepultura. Ellos no hubieran accedido, en modo alguno, a profanar uno de sus tesoros históricos, y hubiera resultado lógico que escucharan con escepticismo las explicaciones de un extranjero como yo, profano en tantas cosas.

Lo cierto es que conservé ese volumen escrito por el profesor, y abandonado en la cripta hace tres cuartos de siglo, la noche del 30 de diciembre de 1899, justo cuando él desapareció para siempre.

Y con él en mi equipaje, oculto cuidadosamente para salvar la aduana de Rumanía, he regresado a mi querida Inglaterra. Estoy de nuevo en Londres.

Aquí, apenas llegué, traté de encontrar más datos sobre lo sucedido en aquel entonces.

Desgraciadamente, no ha sido difícil encontrarlos. Digo desgraciadamente porque, tras mi agitación inicial, traté de serenarme y estudiar los hechos con toda la frialdad de que sería capaz un hombre en mi situación.

Porque yo, Roy Fisher, turista inglés, soy algo más que un simple visitante de Rumanía y de la turística Ruta del Conde Drácula que anuncian sus agencias de viajes. Yo… apenas leí fas páginas del profesor Daniels, comprendí que muchas cosas podían ser terriblemente ciertas.

El sueño premonitorio, la profecía de aquel nigromante, en la reunión social londinense, el gesto de repentino terror en Belinda, mi prometida, que yo no llegué a entender en toda su magnitud en aquellos momentos… Y, finalmente, las palabras del doctor Scott Bellamy, que me empujaron definitivamente a aquella excursión a Transilvania:

—Mi querido amigo, yo que usted haría caso a mi instinto, y trataría de ser menos escéptico. Intentaría pensar que no todo está explicado, ni todo negado por la ciencia, como mucha gente cree.

Soy médico, y estoy especializado, además, en estudios parapsicológicos y otros extraños fenómenos, no siempre explicados suficientemente. Como tal, le hablo en estos momentos. Y le sugiero que, realmente, trate de comprobar si ese peligro existe, si es algo más que una pesadilla repetida, unas palabras de un nigromante… y un miedo injustificado hacia lo desconocido, por parte de una bella jovencita. Créame, mi querido Fisher: aun en este mecanizado y superindustrializado siglo XX en que vivimos debemos hacer caso a cuestiones que nos parecen simples supersticiones y rumores de otro tiempo. Recuerde que hasta un hombre como Rousseau dice que: «Si alguna vez ha existido en el mundo una historia garantizada y demostrada es la de los vampiros». Según él, no falta nada: informes oficiales, testimonios de personas dignas de crédito, cirujanos, sacerdotes, jueces… En suma, existen toda clase de pruebas, según Rousseau[5]. Hágame caso: visite la tierra donde puede estar la clave de todo ese temor suyo y de su prometida. Compruebe si hay en ello algo de cierto o no. Si no hay, nada tiene que temer.

—¿Y… si lo hay, doctor? —Había sido mi inquieta pregunta de entonces al doctor Bellamy.

—Si lo hay… será llegado el momento de combatirlo. De hacer frente a la amenaza, con todas sus armas, mi querido Fisher… —fue su seria respuesta.

Yo había seguido sus instrucciones. Ahora, a mi regreso, sólo viajaba conmigo una evidencia posible: el diario de Claude Daniels. Un documento insólito, pero nada más.

Fue después cuando, en mi búsqueda angustiada, di con las otras dos evidencias: las memorias de Yvonne Reed… y el relato periodístico de Roger Payton.

Porque, en realidad, esas nuevas aportaciones no habían sido nada difíciles, apenas supe tres datos reveladores sobre las investigaciones y objetivos del profesor Daniels:

Primera: Que su compañero masculino de búsqueda se llamaba Roger Payton.

Segunda: Que su compañera femenina se llamó Yvonne Reed.

Tercera y primordial: Que un adivino llamado Godro le había hablado sobre la tumba de Drácula en Transilvania.

Sí. Todo eso era fundamental y terriblemente revelador para mí.

Porque Yvonne Reed era el nombre y apellido de soltera de la abuela materna de Belinda Baker, mi prometida.

Y Roger Payton fue el nombre de su abuelo materno, el del esposo de su abuela Yvonne…

Ivy Payton fue el nombre de soltera de la madre de Belinda, hija de Yvonne y de Roger. Ivy se casó con un hombre llamado Phillip Baker…

Belinda fue su única hija.

En cuanto a Godro… resultaba más increíble todavía.

Porque el nigromante que me leyó mi destino y el de Belinda, en aquella reunión social, en pleno corazón de Londres, en 1974… se llamaba también Godro y era de origen eslavo…

* * *

—¿Godro? No, señor. Lo siento, no está.

—¿Tardará mucho en volver?

—¿Volver? No, no creo que vuelva nunca. Se marchó. Hizo su equipaje y se fue. Sin previo aviso. Incluso dejó pagado anticipadamente el alquiler de un mes casi completo, señor.

—Entiendo —me mordí el labio inferior—. ¿No dejó ninguna dirección?

—Ninguna, señor —negó la patrona del edificio donde residiera, según sus tarjetas de visita profesionales, el nigromante Godro, habitualmente invitado a las reuniones de sociedad londinenses, para divertirse con su lectura del porvenir en las rayas de la mano, o sus dotes adivinas y premonitorias—. De veras lo siento.

—No importa, gracias —suspiré—. Era sólo para invitarle a una fiesta, donde le hubieran pagado bien sus servicios… Buenos días, señora.

Me alejé del edificio. Belinda me esperaba en mi automóvil con expresión anhelante.

—¿Y bien…? —musitó, clavando en mí sus hermosos ojos azul oscuros, profundos como lagos e inquietos como las aguas mismas de ellos, en días de viento.

—Nada —murmuré, irritado, sentándome al volante—. Se marchó. Ha cambiado de dirección, sin decir adonde iba. Me temo

que la pista del enigmático señor Godro se pierde aquí, de modo definitivo.

Puse el coche en marcha. Rodamos, en silencio, hacia Pall Mall. Belinda, a mi lado, reflexionaba intensamente. Cuando despegó los labios, trató inevitablemente del tema que tanto nos preocupaba:

—¿Te sirvió de algo, Roy?

—¿Eh? —Me volví, sin entender del todo. La miré, mientras frenaba ante un semáforo en rojo—. ¿Qué es lo que tuvo que servirme?

—Los documentos… Esas páginas de las memorias de mi abuela Yvonne…

—Oh, las memorias… —suspiré—. Sí, me sirvieron de mucho. Es un testimonio directo de algo que luego corrobora tu abuelo Roger, en ese viejo recorte de periódico que me diste, esa página amarillenta del *London Telegram*.

—Es una historia espantosa —se estremeció ella—. Nunca creí una palabra de todo eso. Pensé que eran fantasías de ambos, alguna alucinación colectiva o la obra de un hipnotizador…

—No parece serlo, dada la lectura previa del diario del profesor Daniels… —Puse de nuevo el coche en marcha—. Belinda ¿conociste personalmente a tus abuelos?

—Sólo a la abuela Yvonne, siendo yo muy niña —suspiró Belinda, entornando los ojos—. El abuelo Roger ya había muerto, al nacer yo. Mamá no era demasiado joven cuando dio a luz. Había perdido anteriormente a un niño, y…

—¿De veras? —Me erguí en el asiento, mirándola sorprendido —. Lo mismo le sucedió a tu abuela, ¿no?

—Sí. Puede que sea una fatalidad familiar. Papá tuvo miedo de que pudiera sucederle algo a mamá en otro parto… y tardaron en tener descendencia. Yo nací cuando mamá ya había dejado muy atrás sus treinta años.

—También tu abuela tardó en tener a Ivy, tu madre —señalé, ceñudo.

—Cierto, Roy —me miró, con repentino recelo e inquietud—. ¿Adónde vas a parar con todo eso, querido?

—No lo sé —confesé abiertamente—. Busco algo, pero ignoro lo que sea. ¿Notaste algo… especial… en tu abuela Yvonne?

—¿Especial? No, no creo. Ya te digo que era muy niña. La

abuela murió siendo yo muy pequeña, pero ¿qué se supone que debía de ver en ella, fuera de lo normal, Roy?

—Tal vez… huellas de vampirismo —sugerí, apretando los labios.

—¡Vampirismo! —se horrorizó—. ¿En… mi abuela?

—¿Por qué no? Estuvo en la cripta después de morir el profesor, tras sacrificar a Drácula Vlad, conforme al rito señalado para aniquilar a los vampiros. No sabemos lo que pudo suceder, lo que ella pudo ocultarnos, de haberlo querido hacer, en sus propias memorias… Pero olvídalo. Era sólo una posibilidad. La otra… la otra es todo lo contrario, Belinda.

—No logro entenderte, Roy.

—No es fácil. Si vuestra familia no resultó vampirizada entonces… y hemos de creer que la profecía de Godro y mi sueño tienen algún sentido real… entonces significa que, por el solo hecho de haber sido testigos de algo semejante, por haber colaborado en el exterminio del joven conde Drácula en su tumba de Sighisoara… la familia pudo haber sido maldecida, señalada por la estirpe diabólica de los Vlad.

—Dios mío… —Tembló ella, cerrando sus ojos un instante—. Roy, sería terrible…

Detuve el coche ante otro semáforo. Miré a Belinda. Puse mi mano sobre sus rodillas, y oprimí afectuosamente, con verdadero calor. Sus piernas, esbeltas y bien modeladas, se apretaban a las mías. Noté su temblor. Resultaba extraño sentir, en un Londres de minifaldas y de jóvenes melenudos, la presencia invisible y oscura de *algo* que no era de este mundo, amenazando nuestras vidas y nuestra felicidad, con su helado soplo de ultratumba.

—Cálmate —rogué—. No debes flaquear ahora. Soy crudamente sincero, a sabiendas. No podemos andarnos con evasivas y rodeos, a estas alturas. He hecho ese viaje, conforme me aconsejó el doctor Bellamy. He comprobado que mis sueños, sus palabras y las premoniciones, entonces aparentemente ridículas, del nigromante Godro eran tremendamente lógicos. Tus abuelos estuvieron en aquel trance, y ni tú misma lo sabías, Belinda. Eso, en alguna forma, es la causa, el origen para que algo amenace nuestra existencia, querida. Estoy seguro ahora de ello, y sólo me pregunto: ¿Qué es ese algo? ¿Dónde está… y en qué forma puede manifestarse?

Belinda me contempló, pálida e inquieta. Sus cabellos parecían hebras de cobre, rojo y brillante, en torno al óvalo bello y moderno de su rostro juvenil. Me estremecí. Su visión me recordó la descripción de alguien, setenta y cinco años antes…

Belinda se parecía, sin duda, extraordinariamente a su abuela Yvonne. Y el hecho, debo confesarlo, no contribuyó a tranquilizarme.

CAPÍTULO II

La ventana de mi dormitorio se había abierto.

No sé cómo, pero lo hizo. Estaba abierta. El aire frío de la noche de noviembre agitó las cortinas y llegó a mí, en una ráfaga helada, que me despertó.

Me incorporé, sobresaltado, en el lecho. Durante las últimas noches, acostumbraba a cerrar las ventanas herméticamente. Y aseguraba mi puerta con un pestillo. No tenía miedo, pero algo me preocupaba. Prefería adoptar medidas para no verme sorprendido, aunque ignoraba si los vampiros retrocedían ante cerrojos y pestillos.

Clavé mis ojos en la ventana, profundamente preocupado. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Fue como si, de repente, me hallara desnudo en medio de la intemperie, azotado por un viento invernal. Tal fue la sensación gélida que noté en mí.

Me puse en pie de un salto. Algo más se agitaba en las penumbras profundas de mi dormitorio, cerca de la ventana. Algo más sólido y material, aunque envuelto en livianos tejidos, que parecían flotar de modo fantasmal en la sombra.

Di unos pasos, escudriñando la oscuridad, tratando de ver más concretamente, sin conseguirlo. Iba a encender la luz, para inundar de claridad la alcoba y saber qué estaba sucediendo cerca de mi lecho.

De repente, el murmullo se elevó en el silencio, como formando parte del susurro glacial del aire nocturno:

—No, Roy, por favor… No lo hagas. No enciendas esa luz. Ven. Acércate a mí… Así, en la penumbra… Es mejor, créeme…

Esa voz… Temblé de pies a cabeza. No podía creerlo.

—¡Belinda! —susurré, sabiendo que mi rostro debía estar tan lívido como el de los propios vampiros que citaban los campesinos y lugareños eslavos—. Belinda, ¿tú? ¿Qué haces en mi dormitorio,

cómo has podido llegar hasta aquí… y entrar en la habitación?

Ella no respondió. Yo me acercaba a su figura espectral, erguida más allá de la difusa claridad que las farolas de alumbrado londinenses, perdidas en una espesa bruma, allá abajo, cuatro pisos por debajo de mi vivienda, en la noche invernal, permitían filtrar a través de la ventana entreabierta.

Belinda… Era ella, no había duda alguna.

Extrañamente ataviada, como si acabara de levantarse del lecho y hubiera venido flotando en la noche hasta mi alcoba. Sus ropas eran un amplio *déshabillé* vaporoso.

Me horrorizó, pero había en mi prometida, ahora, en estos momentos de la noche, una mezcla inquietante de pureza y de obscenidad, de etérea ingravidez y de morbosa sensualidad, de lejana fantasmagoría. Una Belinda que yo nunca había conocido. Que me causaba miedo y, a la vez, poseía una rara atracción lasciva y culpable, capaz de hacerme sentir por ella pasiones bajas, obscenas, indignas de un hombre limpiamente enamorado de la muchacha a quien va a hacer su esposa…

En la penumbra, brillaban sus ojos con matices azules desconocidos para mí. Y sus labios… Eran rojos. Yo no dudaría en darle un beso, atraído por aquel contacto que me enloquecería más allá de todo freno humano.

—Belinda, vete… —musité—. No sé cómo llegaste aquí, pero vete. Sería… sería capaz de cualquier locura…

—Roy, te amo… —susurró ella dulcemente, con un tono embriagador y persuasivo, que yo nunca antes había captado en su voz—. Soy tuya. Vengo a ti… olvida todo lo demás. Los frenos, las barreras sociales, todo… Olvídalo, ven a mí… Roy, soy yo, tu Belinda…

Quise luchar contra ello. Pretendí inútilmente forcejear contra las terribles ideas que me asaltaban en aquella noche demoníaca, propia de un carnaval delirante, en el que la carne y la pasión descendían a su más bajo nivel, para complacencia de los sentidos obsesionados.

No pude hacer nada. Belinda me atraía. Era subyugante, turbadora. Ya no había amor en mí, sino deseos demenciales, una avidez insana que yo no podía comprender, pero que me arrastraba.

Su boca, sus labios… Sus brazos mismos, fríos y a la vez

ardientes como brasas, envolviéndome ya lentamente en un abrazo sensual, intenso, embriagador.

—Belinda… —gemí, sintiendo que ya no era yo mismo, que una bestia desconocida y terrible anidaba en mí, rompiendo todo convencionalismo para surgir a la superficie—. Belinda, mi vida… No sé cómo puede suceder esto, no entiendo lo que te ocurre a ti, ni tampoco a mí, pero… te amo. Y te deseo. Has de ser mía… como yo seré tuyo para siempre.

—Para siempre, Roy —repitió ella, con profunda, extraña entonación—. Para siempre… por una eternidad.

Ni aun entonces entendí, o no quise entender, imbécil de mí. Lo cierto es que estaba ya entre sus brazos, mi boca se aproximó a la suya…

Nunca hubo un beso más largo, más embriagador, ni tampoco más carente de verdadero amor. Por primera vez besaba a mi prometida sin ningún atisbo de limpia ternura.

Sentí resbalar sus labios por los míos, por mi mejilla, mi oreja… hasta descender al cuello…

Entonces, ¡sólo entonces, maldito sea yo!, entendí.

Y ya era tarde.

Sus incisivos, largos colmillos, eran dos agujas taladrantes, que centelleaban en la penumbra, perforando mi cuello, hasta alcanzar, con un helado impacto, lo más profundo e hirviente de mis venas.

La succión dolorosa, aguda, de mi sangre, me hizo emitir un alarido desgarrador. Traté de apartarla de mí, horrorizado, sin que ello me fuera posible. Por vez primera, observé la punzante longitud de sus uñas escarlata, hincándose en mi nuca, en mis espaldas, atrayéndome hacia sí con fuerza sobrehumana, mientras su cuerpo turgente, al contacto con el mío, se advertía helado, rígido como una estatua de mármol rosado.

Demasiado tarde, en tanto la cálida sangre corría por mi cuello, enrojeciéndolo, y el sonido ronco de la succión ávida de aquella boca inhumana palpitaba, maligna, en mi cuello, descubrí la espantosa verdad.

La profecía hecha realidad, mis terrores convertidos en una certeza espantosa y demoledora.

Belinda… *mi* Belinda, la mujer que yo amaba… *¡convenida en una mujer-vampiro!*

Forcejeé con ella, aullando de ira y de dolor, y logré apartarla de mí, contemplando, despavorido, el destello siniestro de sus incisivos afilados, punzantes, como los de una fiera sanguinaria… El color inyectado de sus ojos irreconocibles, dilatados y vidriosos, la mueca riente de sus labios, rojos como la propia sangre que corría, nauseabunda, por sus encías y dientes, resbalando en delgado hilillo por la comisura de sus labios voraces…

—Ya es tarde, Roy, mi amor… —Le oí musitar con malévola pasión—. Eres mío… ¡Mío hasta la eternidad, aunque no lo desees! ¡Unidos permaneceremos ya por los siglos de los siglos, descansando apaciblemente mientras brilla la luz del día, y despertando, ávidos de placer y de sangre, en las largas noches oscuras…! Ven, Roy, ven a mí… para siempre, mi amado…

—¡Nooo! —aullé, con un escalofrío demencial, retrocediendo convulso, exasperado, oprimiendo en vano mis dedos contra mi cuello, de cuyos dos incisivos agujeros brotaban aún hilos de espesa y cálida sangre…

Vampirizado. Ya estaba vampirizado… como ella. Perdido por la eternidad…

Caí desvanecido, trémulo de horror, mientras ella reía y reía diabólicamente.

* * *

Desperté bañado en sudor.

Me costó trabajo comprender que había sido todo un sueño. Otra vez el mismo sueño de siempre. La pesadilla premonitoria y terrible…

Me senté en el lecho, entre las sábanas revueltas, empapadas de humedad de agrio olor. Mi transpiración había sido abundante. Mi calor febril hacía arder mi piel, pese a los escalofríos que me agitaron, al reflexionar, con respiración entrecortada, sobre cuánto viviera en aquel horrible sueño obsceno y angustioso.

Belinda… Otra vez la había visto de aquella forma: con sus incisivos desarrollados, como indicio claro de vampirismo. Los ojos inyectados en sangre, los dientes rezumando el rojo líquido de la vida y de la muerte… No. Belinda no era así. No podía serlo jamás.

Ni yo era el que aparecía en sueños. Era como imaginarme un nuevo doctor Jekyll, con el correspondiente «míster Hyde» resurgiendo, soez, en el mundo onírico. ¿Acaso puede un ser humano convertirse en algo semejante, cuando rompe los frenos de sus prejuicios y convencionalismos? ¿Es tan fea y deforme la imagen de uno en el negro espejo del subconsciente humano? En ese caso, Freud tendría razón, y todos seríamos entes hipócritas, condicionados a un mundo en el que fingimos lo que no somos, mientras nuestros apetitos se consumen en la frustración.

Y, de repente, un fenómeno antinatural, el vampirismo, por ejemplo, nos revelase, en su desnudez tremenda, en su magnitud real, bajo nuestro quebrado barniz de seres civilizados, sociables, condicionados a una vida que nos asquea por su puritanismo y su mentira…

¿Era así? ¿Podía serlo? No, no. La razón me decía que era posible, pero que no debía ni siquiera admitirlo. Todo había sido un sueño, sí. Pero ¿qué era el vampirismo, si no un modo de inclinación diabólica hacia el Mal, hacia lo peor de nosotros mismos? ¿Qué era la acción posesiva del vampiro, del No-Muerto, si no un simbolismo, erótico y sinuoso, de los más tenebrosos instintos de las criaturas del Mal?

Fumé en silencio, recuperándome poco a poco, tras mi obsesionante pesadilla, la misma que me condujera ya una vez hasta la consulta de mi amigo, el doctor Bellamy, hombre de la sociedad que yo frecuentaba y a quien, en vez de ver horrorizado por mis palabras, se mostró comprensivo y hasta crédulo, admitiendo que él también investigaba en los fenómenos que la ciencia no siempre explica o acepta, como era el vampirismo.

Luego, había surgido el nigromante Godro, en otra de nuestras nocturnas reuniones de sociedad, que alguien, con cierto agrio sentido del humor, bautizó alguna vez con el nombre de «aquelarres casi vampíricos», puesto que se celebran siempre de noche, y con no muy abundantes virtudes por medio. Debo confesar que la descripción me hizo gracia, pero que no la compartí en absoluto. Imaginar a mi círculo social, en nuestras nocturnas reuniones en los clubs o en los domicilios de sus integrantes, como un vampirismo sectario o una especie de modernizada «misa negra», era imaginar demasiado. Pero con el lenguaje del humor, cabía admitirla,

sonriendo irónicamente con el mejor *fair play* británico.

La pesadilla maldita… El mundo onírico de mis terrores por Belinda y por mí… ¿Qué valor podía tener ahora, al repetirse, y a la luz de los acontecimientos ocurridos a mí mismo en Moldavia, junto con el relato del profesor Daniels y la alucinante revelación conjunta de Yvonne Reed y su prometido, Roger Payton?

Me aterraba pensarlo, pero lo que comenzó como una simple aprensión, fortalecida por la opinión de un médico… y por la sorprendente premonición de un nigromante que, por inaudita coincidencia, se llama *exactamente igual* que otro adivino mencionado por el profesor Daniels, tres cuartos de siglo antes:

«—Señor Fisher, yo que usted me preocuparía, y mucho… En las rayas de su mano hay trazado un extraño y oscuro destino, que se repite sorprendentemente en la mano de su joven y bella prometida, la señorita Baker —había dicho, con su grave tono ceremonioso, el hombrecillo pequeño y rechoncho que, con mirada maligna, estudiaba la palma de mi mano en aquella reunión, mitad en broma, mitad en serio interesada en el alarde del experto en quiromancia. Y había proseguido, con ronca entonación—: Yo le aconsejaría, señor Fisher, que no echara en saco roto mi advertencia de hoy. Huya de todo lo relacionado con un país centroeuropeo donde se alzan ciertas montañas muy populares… No haga nunca turismo en esas regiones de Europa… ni permita que lo haga su prometida bajo ningún concepto. En algo muy directamente relacionado con ese país, se oculta el mal que amenaza su futuro…».

A mí, en principio, me había resultado incluso divertido. Por eso insistí entonces, aún sonriendo con aquel juego:

—Vamos, vamos, tiene que decirme de qué se trata, para que pueda protegerme de tantos males. Cuando menos, dígame de qué país debo mantenerme alejado… Lo cierto es que no me veo capaz de verme mezclado en problemas políticos o de espionaje con los países socialistas…

Todos habían reído de buen grado mi broma. Todos, menos Godro, que se limitó a enarcar sus hirsutas cejas, contemplarme sombrío y, meneando lentamente su cabeza medio calva, de lado a lado, se limitó a replicar, lúgubremente:

«—Señor Fisher, no lo tome a broma, o lo lamentará. Rumanía

es el país del que debe alejarse… y no por motivos políticos, precisamente. Los montes que nunca debe conocer, son… los Cárpatos. Eso debe bastarle».

Hacía pocos días que yo había hablado con el doctor Bellamy sobre mi problema onírico, ya que él era un especialista en psicología, y había estudiado también psicoanálisis en algún lugar del continente. Lo cierto es que las palabras de Godro me sobresaltaron de repente y, sin ninguna vacilación, objeté a ellas:

Habla de un modo que… que parezca estarme previniendo contra… *contra los vampiros*.

Vi la expresión extraña de su faz, el brillo enigmático de sus ojos redondos, cuando, al fijarlos en mí, asintió despacio, diciendo muy suavemente, en medio del desconcierto general, al que sólo el doctor Bellamy y yo éramos ajenos en aquel momento:

«—Exacto, señor Fisher. De ellos le estoy previniendo, porque en las rayas de su mano leo, como en las de la señorita Baker, que… *ambos se convertirán en vampiros*, tras ser mordidos por una de esas criaturas No-Muertas…».

* * *

Así había sucedido, la noche de la reunión social en el club. Bellamy y yo hablamos de ello posteriormente. Y el médico me dio su consejo personal, serio y rotundo:

—Huir al destino no conduce a nada, amigo mío. Soy más partidario de luchar contra él que de eludirlo. Como sucede con lodos los peligros de este mundo. Créame, Fisher: si, realmente, hay algo que temer en Rumanía… vaya allá. Y busque, indague. Trate de saber si hay en todo esto algo de cierto, de posible. Luego, según lo que encuentre, inicie su batalla. Sus sueños, y las palabras de Godro, no pueden ser una simple coincidencia. Yo, cuando menos, no lo admito así. Aunque ese hombrecillo sea un charlatán… ¿por qué nombró, *precisamente*, a los vampiros? Sólo usted y yo conocíamos la historia. Y tiene mi palabra de que jamás hablé de ello con nadie. Menos aún, con ese hombre.

—Godro me ha dado la tarjeta con su dirección en Londres —suspiré—. Dijo también antes de despedirse que… que si hallaba

cierto documento y cierta tumba en Rumanía, llegando hasta algo que todo el mundo ignoraba, quizá estuviera a tiempo de salvarme…

Ahora, recordando todo eso, comprendía que había algo más que coincidencias en aquel asunto, tal y como afirmara el doctor Bellamy. Hallé el documento. Hallé la tumba desconocida. Había levantado la cortina sobre un antiguo misterio de horror y sangre, pero ¿dónde terminaría ahora la tragedia? ¿Dónde, Dios mío…?

Estaba pensando sobre ello aquella mañana, cuando pulsaba el timbre de la puerta del consultorio del doctor Bellamy, en Harley Street. Salió a abrirme la señora Ingram, encargada del cuidado de la oficina y sala de consulta.

—Lo siento, señor —me dijo, reconociéndome—. El doctor Bellamy se halla ausente hace unos días, y no regresará hasta esta tarde, a última hora. Ya no pasará por aquí, seguramente, pero puede telefonearle a su domicilio particular, donde sin duda le recibirá hoy mismo…

Le di las gracias y me alejé, contrariado. Ardía en deseos de comunicar al médico todo cuanto averiguara en Rumanía, y, posteriormente, a mi regreso a Londres, cuando hablé sobre todo ello con Belinda, y ella me proporcionó los reveladores, tremendos datos de sus abuelos, Yvonne y Roger.

Era un día frío y brumoso. La temperatura había bajado considerablemente, sobre todo en la capital, y no sería sorprendente que cayera una nevada en las siguientes horas. Recordé algo, mientras descendía hacia Trafalgar Square: también nevaba aquella noche, setenta y cinco años atrás…

Hoy era el primer día de diciembre, y a finales de este mismo mes y año, se cumplirían exactamente los quince lustros de los sucesos de Transilvania, en el cementerio de la familia Vlad.

Tres generaciones… ¿Qué iba a suceder ahora? En el siglo XX resultaba tan incongruente mostrar miedo de los vampiros… Y menos aún en pleno Londres, entre el denso tráfico de los automóviles, la contaminación, las discotecas ruidosas, los chillones trajes a la moda de Carnaby Street, y los *hippies* o los progresistas, deambulando por toda la ciudad, entre escaparates repletos de equipos de *hi-fi* o estéreo, discos de brillantes portadas, magnetófonos y cintas, televisores en color, *videocassettes* y todo

cuanto forma parte de nuestro mundo actual y sus extraños y frívolos caprichos consumistas.

¿Qué pintaría Drácula en aquel torbellino de ruido, actividad y luz? Sin sombras, sin recovecos oscuros, sin siniestros recintos para el Príncipe de las Tinieblas, como pudiera haberlos fácilmente en los lugares remotos de Transilvania, entre bosques, montañas, pueblos supersticiosos y viejos monasterios o casas señoriales abandonadas, donde las telarañas, el polvo y la oscuridad, eran lugar idóneo como madriguera de murciélagos… y de vampiros.

Sin embargo, mientras conducía mi coche, tras recogerlo del cercano aparcamiento, camino del centro de la ciudad, sabía que todo eso podía ser engañoso, que la tradición nunca es, forzosamente, una regla inalterable. Y que incluso en un mundo como el nuestro, el gran enemigo de la noche podía aletear de modo invisible cerca de nosotros, disponiendo sus helados colmillos de muerte, aquellos que yo había sentido sobre mi cuello en sueños, con una sensación casi vívida, dolorosa y tremendamente física.

Me toqué la garganta al esperar el cambio de luz de un semáforo. Ni una huella de orificios, por supuesto. Todo era un sueño. Pero… ¿por qué siempre el mismo sueño? ¿Por qué la profecía siniestra de Godro? ¿Por qué los ocultos y evidentes temores de un médico psicólogo y conocedor del psicoanálisis, como el doctor Bellamy?

Eran demasiadas coincidencias. Demasiados hechos aislados y semejantes entre sí, unidos por un factor común estremecedor: la sombra de Drácula…

Miré mi reloj. Era pronto aún. Tenía que recoger a Belinda para ir a comer a alguna parte. Luego, iríamos, posiblemente, a un concierto, haríamos nuestra vida normal, pese a todo. No podíamos actuar de modo diferente. Era preciso tratar de olvidar, pensar que las cosas eran como antes, como las que a todo el mundo le suceden. Y vivir cada día de un modo rutinario. De un modo que no diese a entender anormalidad alguna en nuestras vidas.

De momento, a Belinda nada le dije de mi sueño. No era oportuno. Creo que ella tenía ya suficientes motivos para estar preocupada e inquieta, sin necesidad de nuevos motivos de temor o angustia.

Así, cuando menos, nuestro almuerzo pareció normal, incluso

feliz. Y también nuestra tarde en una *pub* de lujo de Kensington, y luego, en el concierto…

* * *

Al salir del teatro, nevaba sobre la City. Caminamos lentamente hacia el aparcamiento. El suelo blanco no ofrecía aún grosor notable. Nuestras pisadas revelaban el asfalto mojado, debajo del sudario de nieve. Las luces del alumbrado público, eran halos lechosos en la noche, salpicando las aceras. En las fachadas, algunas ventanas eran simples rectángulos de luz amarillenta, como ojos en la noche.

—¿Todo va bien, Roy? —me preguntó ella bruscamente.

La miré. Y ella a mí. Me encogí de hombros, sin saber mentir del todo. Pero también sin revelarle la verdad.

—No va mal —dije—. Pero tampoco bien. Hay algo que no me gusta en todo esto, Belinda.

—¿Sigues pensando en… en la posibilidad de que Godro tuviera razón? ¿De qué aquellas pesadillas tuyas respondieran a una premonición?

—No sé qué pensar. Solamente me pregunto por qué sucedió todo eso. Por qué tu familia estuvo allí… y yo también. Quizá debí hacer caso a Godro en todo. No ir a Rumanía, puede que fuese lo más prudente.

Seguimos caminando bajo la nieve. Durante el concierto me había parecido preocupada. Lo atribuí a cuanto ella sabía. Ahora, de repente, observé que su frente mostraba surcos de una inusitada profundidad. Iba a preguntarle, cuando ella se anticipó a mis palabras inesperadamente:

—Roy… ¿aprendiste algo de eslavo en tu viaje a Transilvania?

Era una pregunta absurda. No le vi sentido alguno. Pero respondí, con un gesto de indiferencia:

—Pocas cosas. *Paprika hendl*, que significa algo así como «plato picante», *tuica*, que es un aguardiente hecho de ciruelas, bastante fuerte y aperitivo, *stregoica*, o «bruja», *Isten szek!*, o «¡Trono de Dios!», *Die Todten*, o «los muertos»… Y poco más, creo yo.

—Y… ¿y la palabra *diablo* o *Satán*? —me preguntó Belinda con

rara entonación, muy fija su mirada en mí—. ¿La conoces, Roy?

—¿Satán? —Fruncí el ceño, tratando de recordar—. Espera… Esa palabra… La oí nombrar en Moldavia a los campesinos… Sí, ya recuerdo… Era… Or… ¡*Ordog*, eso, eso! *Ordog*… es el nombre eslavo de Satanás. ¿Por qué lo preguntaste, Belinda? Es una extraña pregunta la tuya…

—Roy, ¿se te ha ocurrido… deletrear esa palabra eslava… al *revés*? Es decir, comenzando por su final…

La miré, sin entender. Pero deletreé, desde el final al principio, el nombre eslavo de Satanás:

—G-o-d-r-o… ¡*Godro*! —aullé, repentinamente abierta mi mente a la luz—. Cielos, Belinda, ya entiendo… Ese hombrecillo diabólico, el quiromante… ¿Crees que adoptó su nombre del eslavo?

—No sé qué decirte, Roy. Tal vez en él hubiera algo… del propio Satán.

—Los seres de las Tinieblas —murmuré roncamente. Me detuve, y oprimí sus brazos con energía—. Belinda, voy a ver esta noche al doctor Bellamy. Debo hablarle de todo esto…

—¿Puedo ir contigo?

—Preferiría hacer yo solo las gestiones. Sabes que temo por ti. Recuerda que eres nieta de Yvonne y Roger. Algo que ellos hicieron, acaso el entrar en la cripta cuando no debían, y ver con sus ojos el horror final, les maldijo para el futuro. A ellos y, quizá, a otras generaciones. Tú eres la tercera. He leído códices antiguos en Rumanía. Hablan de esa clase de maldiciones, y suelen durar tres generaciones familiares. Es decir: unos setenta y cinco años, exactamente. El primer día de enero de 1975… puede que termine el estigma de los Vlad sobre los Reed, los Payton… y los Baker, por descendencia. Cuando menos, es una esperanza, Belinda. Pero aún no es ese día. Falta todo un mes… ¿Por qué no vuelves a casa, y mañana te contaré lo que me ha dicho el doctor Bellamy?

—No —negó ella, rotunda—. Prefiero ir contigo. Por favor, sólo esta noche…

—Está bien —suspiré, resignado—. Vamos.

CAPÍTULO III

Era un hombre frío, pero agradable. Siempre había sido así, que yo recordase.

Alto, enjuto, sobrio, de ojos oscuros y cabello canoso, de patillas bien cuidadas, color plata. El doctor Scott Bellamy, médico de Harley Street, psicólogo y psicoanalista, aunque no practicase esta última especialidad, era un perfecto caballero británico, cortés y culto, sobrio y educado. Además, era un buen amigo para mí, desde hacía bastantes años…

—Entiendo, Roy —me dijo lentamente, tras llenar mi copa de oporto, y escuchar, en un aparte, lejos de Belinda, la pesadilla última que sufriera—. Los hechos no pueden discutirse. Hay algo más que simples desviaciones oníricas, temores o presagios. Existe una fuerza oculta, algo que surge de las sombras, para cernirse sobre nosotros como una amenaza intangible pero cierta. Roy, sea ello lo que sea, conocemos su naturaleza, a ciencia cierta.

—¿Drácula?

—Sí. Drácula, el vampiro… —asintió lentamente el doctor Bellamy, clavando sus ojos en el color oscuro de su oporto. Lo sorbió despacio. Luego, se volvió hacia mi prometida. Nos acercamos a ella, en tanto el médico hablaba con lentitud—: Ahora sabemos que la amenaza existe. Que la vieja cripta rumana es el origen de todo. Me resulta fácil imaginar algunos detalles de la historia que me ha contado, Roy.

—¿De verdad, doctor? —dudé.

—Sí. Mis estudios sobre el vampiro ofrecen una serie de posibilidades, bastante lógicas, para explicar la tragedia de Sighisoara en 1899…

—Me gustaría escucharlas, doctor —manifestó Belinda con sinceridad, acomodada en el largo sofá granate, con la biblioteca y el hogar detrás.

—Bien. Vamos a repasarlas, entonces, a *grosso modo*. Imaginemos el momento… —Comenzó a dar paseos por la sala, mientras hilvanaba sus ideas, copa de oporto en mano—. El profesor Daniels va por el vampiro sepultado allí. Abre la tumba, y procede a la ejecución. Pero era de noche y apenas abierta la sepultura. Drácula Vlad salta sobre él, hinca sus dientes voraces en el cuello del investigador… Aun con el vampiro atacándole, el profesor lucha, y logra, con su arma, decapitar al vampiro. Eso, tradicionalmente, significa la muerte *definitiva* de un ser vampirizado. Pero yo nunca me fío demasiado de las tradiciones. Creo que, con la cabeza del ser de las tinieblas hincada sobre su garganta, Daniels se esfuerza por atravesar el corazón del cuerpo descabezado, en un afán supremo. Lo logra, el vampiro muere totalmente, y él, vampirizado a su vez, cae en tierra, desprendiéndose los dientes del decapitado, pero dejando allí su huella fatal. Daniels muere… para pasar a ser un No-Muerto.

—Dios mío… —musitó apagadamente Belinda, con un estremecimiento.

—Lo imaginaba así —afirme despacio—. Pero luego, al volver ellos con las autoridades, ya no había nadie allí… y el sepulcro estaba cerrado. ¿Cómo explicar eso, doctor?

—Verá. Fisher, amigo mío —suspiró lentamente el médico, frotándose el mentón, pensativo—. Yo diría que el No-Muerto, ahora Daniels, siendo de noche como era, y directamente inoculado por Vlad… el joven Vlad, claro, el biznieto del original Empalador, a quien todos daban por vampirizado, despertó de su letargo, de su muerte aparente, convertido en vampiro, y procedió a sepultar los restos cenicientos del joven Drácula, situándose luego él en el interior del sepulcro, a la espera de su propio resurgir a la vida nocturna de los bebedores de sangre… y su poder diabólico no le creó dificultad alguno en situar la lápida sobre el sepulcro, dejando todo tal como estaba antes de la tragedia.

—Excepto el diario…

—Naturalmente, Roy. Excepto el diario —el doctor Bellamy puso su mano en mi hombro, y me sonrió, terminando de apurar su oporto—. Mi querido amigo, eso explicaría muchas cosas. El poder de Vlad quedaba *directamente* transmitido ahora a un hombre que esperaba su ocasión. Un hombre que, de su más encarnizado

perseguidor, pasó a ser su más fiel y decidido servidor.

—Eso explicaría, en parte, el enigma. Pero ¿por qué todo lo demás? Mi sueño, la profecía de Godro, su nombre mismo, un anagrama invertido del nombre eslavo de Satanás… ¿También eso tendría explicación para su ciencia, doctor Bellamy?

—Posiblemente sí —admitió el médico, suspirando cansadamente—. Recuerde que Daniels dio unas órdenes a ambos jóvenes, a Yvonne y a Roger. Ellos, al no cumplirlas, vieron más de lo que a él le convenía. Acaso la propia cripta se convirtió en un lugar maldito, al ser exterminado Drácula Vlad como vampiro… Y los testigos del hecho recibieron una oculta maldición del No-Muerto.

—Una maldición… ¿por cuántas generaciones?

—¿Generaciones? —El doctor me miró, indeciso. Luego, miró a Belinda, creyendo entender, y sonrió, comprensivo—. Oh, ya veo por dónde va… Bueno, usted ha debido leer algo sobre todo eso en Rumanía: se habla siempre o casi siempre de *tres* generaciones. La señorita Baker es la tercera, ¿verdad?

—Lo soy —afirmó ella valerosamente, irguiendo la cabeza—. ¿Qué debo temer, doctor?

—Todo… y nada —musitó él, sacudiendo su canosa cabeza aristocrática—. Debe protegerse, es todo. Dumas nos habla de ramas bendecidas, Stoker, de cruces de madera, la tradición, de ristras de ajos… Una todo eso. Protéjase con ello mientras le sea posible. Puede que resulte, aunque ya le mencioné antes mi escepticismo sobre la tradición y los rumores populares…

—Algo habrá que detenga a un vampiro, ¿no, doctor? —sugerí, casi agresivo.

—Evidentemente, pero… ¿qué es ello? —Me sonrió, irónico—. ¿Ajos, muérdago, cruces de madera, libros sagrados, arbustos benditos, la invocación del Señor? No sé, Fisher. Estamos en el siglo XX, no en el Medioevo. Si nuestra mentalidad cambia, ¿por qué no ha de cambiar la de los vampiros? Ellos pueden amoldarse también a la época, inmunizarse contra ciertas supersticiones, ser, en suma, vampiros de 1974. O de 1975. O del año 2000, ¿por qué no?

—Ésa sí es toda una teoría. Nueva y peregrina. Pero factible —afirmé, perplejo—. Sí, yo también llegué a pensar algo así, doctor. Vampiros de hoy, de nuestro tiempo… ¿Por qué no conseguir,

incluso, que el sol les toque, sin que se desmoronen?

—Sí, ¿por qué no? —Sonrió el médico, encogiéndose de hombros—. Estamos en otro tiempo, Roy. Me temo que no nos sirva de nada la vieja literatura, ni los códices, ni las tradiciones y habladurías de los lugareños de Moldavia… Existe hoy en día la brujería, la magia negra, el culto a Satán, el *vudú*… Pero se practican de modo diferente. Todo evoluciona y cambia. Incluso el Mal. Y si el vampirismo es una rama del mismo Mal… ¿Por qué no pudo evolucionar? Recuerde las viejas leyendas… El traslado del féretro al extranjero, donde reposaba Drácula durante el día… Es una idea ridícula, ¿no cree? Hoy en día, si Drácula Vlad o el profesor Daniels, vampirizado, viajan a alguna parte del mundo… ¿Llevarían su ataúd consigo?

Soltó una seca carcajada de escepticismo y burla, y se dispuso a servir más oporto. Yo, de repente, me erguí. Dejé la copa en la mesa, con tal violencia, que la volqué, con la mitad de la aromática bebida dentro. Belinda se volvió a mí, sobresaltada. El doctor Bellamy me estudió, intrigado.

—¡Sí! —grité roncamente—. ¿Por qué no, doctor?

—¿Por qué no… qué? —Trató de saber él, sorprendido.

—Eso que usted dijo… El viaje, el ataúd, el día… Hay cosas inmutables en la vida de un vampiro. La noche es la sombra, la oscuridad, el reino de las tinieblas. Drácula sigue siendo el príncipe de esas tinieblas. Necesita un refugio seguro para ocultarse a la luz del sol, estoy seguro.

—¿En Londres? —rió, burlón, el médico—. Mi querido amigo, en esta ciudad, el sol jamás podría causar el menor daño a vampiro alguno…

—Bromas aparte, la luz del día sigue afectando a los vampiros, estoy seguro —dije, enfático—. Y. pese a todo, aún necesitan ser trasladados… Digamos que usted ha dado en el clavo, pese a su escepticismo, doctor. En suma: Drácula, Daniels o quien sea el vampiro que debe cumplir la maldición de los Vlad sobre la tercera generación de Yvonne Reed y de Roger Payton… necesita ser TRAÍDO a Londres. Y si eso ha sido así… viaja EN UN ATAÚD, como en los viejos tiempos.

—¿Usted cree? —dudó Bellamy, al parecer decepcionado por mi mentalidad—. Fisher, me parece que está equivocándose por

completo…

—Quizá, doctor. Sin embargo, es toda una teoría. Y quiero confirmarla lo antes posible.

—¿En qué forma? —se interesó.

—Averiguando *cómo y cuándo* ha llegado a Inglaterra, a Londres concretamente… la remesa o carga que pueda ocultar la presencia de un ataúd y de un vampiro…

* * *

—No debiste venir, Belinda. Es muy avanzada la noche, tú eres la más directamente amenazada por todo esto… y yo estoy buscando algo muy peligroso.

—Roy, a tu lado me siento segura —musitó ella, apretándose contra mi brazo—. No sería capaz de quedarme en casa ahora, sabiendo que tú andas aún por ahí, a la busca de algo que… que no sé lo que pueda ser, pero que me asusta, sin embargo, terriblemente.

—Belinda, esto es como buscar una aguja en un pajar —manifesté febrilmente, consultando con la mirada la hora del reloj de la terminal de BEA en el centro londinense—. Ni siquiera sé si resultará. Sólo sé que debo buscarlo. Y estoy haciéndolo.

—¿En la BEA?

—Sí. No puedo buscar en las empresas navieras. Hoy en día, las cargas importantes se facturan por avión. Recuerda lo que dijo Bellamy: hay que olvidar la tradición. Antes sólo había barcos, como ruta más directa entre la Europa Central y las Islas. Actualmente, el avión es mucho más rápido y seguro… sobre todo para alguien que viaje dentro de un ataúd.

—Dios mío, Roy, suena todo eso tan horrible, tan inverosímil…

—Hay que acostumbrarse a ello y admitirlo como normal. Estamos metidos en un aquelarre. Belinda, y sería tonto negar que hay brujas en él. O no habría tal aquelarre. Vamos, ahí es el despacho de carga y mercancías del extranjero.

Buscamos a un funcionario de servicio a tan intempestivas horas de la noche. Le hablé rápidamente de posibles cargas aéreas, procedentes de Rumanía o de cualquier otro país de Centroeuropa.

Cargamento que excediese cierto peso y medidas. Tal vez, incluso, alguna carga fúnebre…

Hasta entonces, el empleado había bostezado resignadamente, escuchando nuestras peticiones. Ciertamente, la hora no era la más adecuada para tales peticiones, aunque yo había invocado la amistad de un hombre de Scotland Yard, exhibiendo incluso su tarjeta particular. Confiaba en que mi viejo amigo, el inspector Dennis Markham, de New Scotland Yard, no se molestara demasiado, si llegaba a saber el uso que hacía de nuestra relación personal.

Pero ni el nombre de Markham, ni mis palabras anteriores, interesaron lo más mínimo al empleado de noche de la BEA, ni parecieron despertarle de su letargo. Pero apenas cité lo de la «posible carga fúnebre», la cosa cambió.

Sus ojos se animaron, su boca se ensanchó en una mueca de plena satisfacción, y se inclinó sobre el mostrador, feliz de serme útil.

—Hombre, haber empezado por ahí —manifestó con un inconfundible acento escocés—. Sí, llegó por avión una carga fúnebre, no hace mucho. Justamente ayer… Espere, tengo aquí los datos, señor…

Nos miramos Belinda y yo, oprimiéndose fuertemente las manos. Una excitación maravillosa y, a la vez inquietante, recorría todo mi ser, en tanto el hombre de la BEA buscaba en las listas de mercancías los datos solicitados.

No tardó en regresar, mostrándonos una copia de la lista de embarque y llegada. La puso triunfalmente sobre el mostrador.

—Vea, señor —dijo—. Es un cargamento depositado en Novisad, Yugoslavia. Es un punto bastante próximo a la frontera rumana.

—¿Y… qué contiene ese cargamento? —indagué.

—Un féretro… y un cadáver —suspiró el funcionario, sacudiendo la cabeza—. Fea carga, ¿no, señor? Aquí tiene la lista de embarque yugoslava. Todo en regla: documentación de Aduanas, permiso de Sanidad, certificados médicos…

—¿Qué cadáver es?

—Una mujer.

—Una mujer… —repitió Belinda, con súbito desaliento, mirándome de soslayo, defraudada.

—Una mujer, ¿eh? —Dominé como pude mi decepción, insistiendo—: ¿Su remitente y su destinatario?

—El mismo: *sir* John Dalwin, de Londres. Estaba de viaje por el continente cuando murió su hija. La ha trasladado aquí para darle cristiana sepultura en su panteón de Londres… Al parecer, su hija era muy joven y, posiblemente, de gran belleza… Los certificados hablan de colapso cardíaco. ¿Es lo que usted buscaba, señor?

—Evidentemente, si no hay otro envío fúnebre… ése ha de ser —declaré, fingiendo aún cierto interés por el caso.

—Cuando menos, por vía aérea no existe otro, pero siempre quedan los buques de carga.

—¿Aún se utilizan esos medios?

—Oh, por supuesto. Resulta más económico, y tienen refrigeradores, donde los difuntos se conservan decentemente hasta llegar a Inglaterra…

Di las gracias al hombre, y abandone las oficinas de BEA. Me sentía desilusionado por el resultado de mis pesquisas. No era una mujer lo que yo buscaba. Un noble inglés, una jovencita muerta en Novisad… No, no era eso.

—Roy, ¿qué te sucede? —murmuró ella—. ¿Qué esperabas en realidad?

—No sé… —gemí apagadamente—. Pensé que podría ser tan sencillo… Es un error confiarse en cosas así…

—Pero, Roy, no hay motivo para desilusionarse hasta ese punto… A fin de cuentas, sabes que ha llegado un cadáver en un féretro, desde Novisad. Pero ¿crees que en la aduana abren esa clase de envíos? ¿Imaginas que alguien, comprobará realmente que dentro del féretro va una mujer… y no un hombre?

La miré, atónito. Belinda acababa de darme una lección de lógica pura, que debía avergonzarme. Tuve ganas de besarla, aun recordando nuestro desagradable beso en mi sueño…

No lo hice. En vez de ello, la tomé de una mano y corrí en una determinada dirección, resueltamente. Mi prometida me miró, sorprendida.

—Roy, ¿adónde vamos ahora? —quiso saber.

—A Scotland Yard —le dije escuetamente.

CAPÍTULO IV

Markham me contempló con ostensible sorpresa. Su voz tuvo un tono abrupto:

—Roy, ¿de veras… de veras deseas esa orden de… de exhumación de un cadáver recién sepultado en tierra inglesa?

—Sí, Dennis —afirmé, rotundo—. Es absolutamente preciso. Existen razones de gran peso para que te lo solicite así.

—Dímelas, y te responderé lo que corresponda —habló fríamente, mirándome muy fijo—. No quiero jugarme tontamente el cargo por un capricho.

—No es un capricho, Dennis, te lo aseguro. Se trata de algo realmente grave. Pero si te lo explicara, te reirías de mí, tomándome por loco…

—Muy bien. Con esas argumentaciones esperas que yo acceda a tus deseos, y haga abrir ese ataúd…

—Con ello es posible que salves a la humanidad.

—Oh, Roy, no me vengas con historias. Eso es ridículo —protestó él—. ¿Quién va a tragarse, a estas alturas, que los yugoslavos van a meter explosivos, armas letales o espías dentro de un ataúd que, además, ha sido enviado y recibido por un noble de intachable prestigio y honestidad como es *sir* John Dalwin? La guerra fría es ya puro recuerdo, Roy.

—No hablo de espionaje ni sabotajes, Dennis, sino de algo infinitamente más oscuro y complejo. Yo diría que roza lo sobrenatural, pero explicártelo no conduciría a nada. Dame ese permiso. Exhuma el cuerpo. Si estoy en un error… arréstame por los cargos que quieras. No me defenderé. Es más: admitiré toda mi responsabilidad, todas mis culpas. Belinda es testigo de lo que he dicho, amigo mío.

—Amigo mío… —repitió, refunfuñando. Dirigió una ojeada huraña a mi compañera, y luego me estudió a mí con acritud—.

Sólo te acuerdas de mi amistad cuando te conviene.

—Dennis, recuerda que una vez te ayudé en un feo asunto, al darte una pista cierta, en aquel caso de los crímenes de las discotecas… Mis dotes de observación y mi intuición, te fueron muy útiles entonces, Dennis…

—Está bien, está bien —me cortó, violento—. Si tratas de hacerme un chantaje, no sigas adelante, en atención a ese viejo favor, te ayudaré esta vez. Adelante. ¿Qué quieres?

—Ya lo sabes, Dennis: ese permiso, por favor… Puede ser vital para mí, para todos…

—Maldito seas. Haré esa diligencia yo mismo en tu compañía. Y si algo resulta mal… encomiéndate a todos los santos, Roy, porque va a hacerte falta.

—Gracias, Dennis. Eres un verdadero ángel…

* * *

Dennis Markham, inspector de Scotland Yard, podía ser un ángel o un demonio, según las circunstancias.

Confieso que, apenas abierta la sepultura, en el rico y flamante panteón de *sir* John Dalwin en el cementerio de Brompton, en Earls Court, supe cuánto podía haber de diabólico en Markham, cuando se sentía humillado y burlado. Y empecé a temblar, casi tanto por él como por los vampiros transilvanos.

Porque lo cierto es que, dentro del lujoso féretro de caoba, con adornos de plata macizo, que acababan de abrir los empleados del cementerio en presencia mía, de Dennis y del propio *sir* John, convertido en una fría estatua humana, con un rostro que era la máscara de la ira y la indignación, contenidas solamente por principios de su educación aristocrática, al inclinarme a mirar dentro de su hueco forrado de raso púrpura… sólo vi el cadáver de una mujer.

Una mujer. Casi una niña.

Rubia, de largos cabellos sedosos, de rostro de ángel en reposo apacible, céreo y tranquilo, con sus brazos cruzados sobre el pecho y el blanco sudario que la envolvía. Me recordó a la dulce Ofelia, tal y como Hamlet la ve en el cementerio, ante la ira vengativa de

Laertes.

Era Pamela Dalwin, la hija de *sir* John Dalwin, como decían los documentos. Joven, virginal. Casi una adolescente, muerta de un rápido colapso. Conservada con modernos métodos, aún no había comenzado el proceso de descomposición. Pero ya brotaba de la suntuosa caja el helado hedor de la muerte…

—Cielos… —musité, sintiendo las miradas de *sir* John y de Dennis clavadas en mí, como ardientes puñales—. Lo… lo siento. Ha habido en todo esto un tremendo error… Alguien se aprovechó de esta ocasión para… para hundir mis teorías…

—Usted conocerá de mis demandas legales, señor —dijo glacialmente *sir* John Dalwin, sin mirarme siquiera—. En cuanto a usted, inspector Markham, espero que pueda explicar al ministro del Interior, cuando le cite en su despacho, las razones oficiales que tuvo para semejante profanación…

—Sí, *sir* John —habló roncamente el policía, mordiendo casi sus palabras—. Haré… haré mi informe al ministro… y presentaré a usted oficialmente mis excusas…

—Lamento informarle que todo ello no le servirá de nada, inspector —fue la helada, amenazadora réplica de aquel hombre alto, enlutado, pálido y severo, que hubiera podido pasar, con sus grandes ojos rasgados y muy oscuros, sus cejas arqueadas y finas, su rostro anguloso y aristocrático, y su aire impresionante y hosco, por la imagen ideal del vampiro que representaron siempre todos los escritores literarios o cinematográficos.

—Salimos del recinto funerario. *Sir* John Dalwin se quedó solo, haciendo cerrar definitivamente el sepulcro de su hija, y rumiando acaso su frío desquite contra mí y contra Markham.

Ni me atrevía a mirarle cuando avanzábamos a grandes zancadas por Brompton Cementery, hacia la salida. Él tampoco dijo nada en ese momento, sorprendiéndome su silencio, e inquietándome mucho más aún que sus esperados reproches.

Ya en la salida del camposanto, se encaminó a su coche, sin decir palabra. Yo contemplé sus anchas espaldas con disgusto. Dije algo, sin saber si era un error o un acierto:

—De veras lo siento, Dennis —murmuré—. Si pudiera arreglarlo de alguna forma…

Se paró en seco, junto a su coche, aún de espaldas a mí.

Comenzó a girarse, y esperé el estallido inevitable que iba a descargar sobre mí.

—Yo no lo siento en absoluto, Roy —le oí decir con sorprendente tono calmoso, al tiempo que sus ojos centelleantes, muy azules, se clavaban en mí, desde su maciza cara de luchador—. ¿Viste el cadáver de esa muchacha?

—¿Qué… qué quieres decir? —balbuceé, pensando que se había obrado un milagro, y mi amigo se había vuelto repentinamente loco.

—Tenía unas huellas en su cuello, bajo la oreja izquierda… Parecía… *la mordedura de un vampiro*, Roy. ¿Era eso lo que querías encontrar en ese cadáver facturado en Yugoslavia, no lejos de la frontera con Transilvania?

—Dennis, aún no lo entiendo… —gemí, sacudiendo la cabeza, tras apurar el café que me había sido servido en la propia oficina de New Scotland Yard, a altas horas de la madrugada—. ¿Cómo diablos supiste lo que buscaba? ¿Cómo viste esa señal?

—Roy, un policía no es siempre un idiota, como nos presentan los escritores baratos en sus obras, o las películas de tercera categoría para la televisión —se quejó Markham secamente—. Eres amigo mío, y me interesé hace poco por ti. Supe varias cosas interesantes: que estabas en Transilvania, que un adivino había presagiado cosas extrañas a tu prometida y a ti en el curso de una velada en el club… Que hiciste ese viaje a Rumanía en busca de datos que confirmasen o negasen cualquier temor… Te hice vigilar discretamente unos días, a tu regreso.

—¿Tú… tú hiciste eso… sin decírmelo, Dennis? —me escandalicé—. ¡Es increíble!

—Estaba preocupado por ti. No sabía si eras un tipo que se había vuelto chiflado repentinamente… o si, de verdad, existía una remota posibilidad de que el vampirismo fuese algo más que una leyenda.

—Dennis, tú… tú no tienes el carácter adecuado para admitir fácilmente que *existan* los vampiros —dije secamente, mirándole con desconfianza.

—Y así es —rió de buena gana, aunque sus ojos se mostraban serios—. Delante de tu prometida, cuando viniste esta noche a verme, no quise decir nada, para no asustarla a ella. Pero lo cierto

es que supe enseguida lo que querías de mí… y seguí tu juego.

—Dennis, empiezo a creer que eres diabólico —le miré al cuello, sarcástico—. ¿No te habrá mordido a ti también un vampiro?

—A mí, no. Pero a alguien que tú conoces, *sí* —dijo inesperadamente.

Me quedé mirándole, atónito. Se puso en pie. Abrió un archivador y buscó algo. Luego, me tendió una cartulina brillante, de amplio tamaño. Era una fotografía muy clara. La fotografía de un cadáver al borde del Támesis. Se le veía empapado de agua, con manchas oscuras en sus ropas, recién extraído del fondo…

Me señaló su cuello. Allí, y en otra cartulina, ampliación fotográfica del cuello del difunto. Lancé una imprecación, y sentí que flaqueaban mis piernas.

—Dos orificios… —susurré—. La mordedura del vampiro…

—Lo encontramos anoche en el río —explicó el inspector—. Totalmente desangrado… La autopsia ha sido concreta: «Mordedura producida por dos largos incisivos. Algo o alguien vació sus venas». Supongo que le reconoces, Roy…

—Sí —afirmé roncamente—. Es… es Godro, el adivino nigromante…

* * *

Belinda sollozaba ahogadamente en mis brazos.

Luego, muy despacio, elevó sus ojos dilatados hacia mí. Me miró, dominando difícilmente su terror.

—Roy, estoy… estoy terriblemente asustada —gimió.

—Claro —afirmé—. Y yo.

—Todo es cierto… Está comprobado ya. ¡Es cierto! ¡Existen los vampiros… *aquí*, en Londres, en los umbrales del año 1975!

—Sí, Belinda. Hay dos pruebas ya: Godro, el adivino… y la hija de *sir* John Dalwin.

—¿Qué va a hacer la policía ahora?

—Nada, Belinda. No pueden hacer nada.

—Pero… ¡pero tu amigo, el inspector, puede probar ahora que dos personas han sido mordidas por un vampiro! ¡Puede demostrar que el peligro existe!

—No, querida —negué despacio—. Dennis es un hombre inteligente y poco dado a rechazar las evidencias, aunque éstas parezcan ilógicas. Por eso aceptó la versión del vampirismo. Pero convencer a todo Scotland Yard, a sus superiores, a la opinión pública, al propio Gobierno, es demasiado, incluso para él. ¿Qué puede aportar? Un cadáver en el Támesis, que pudo morir a manos de una fiera, de un demente… ¿Y la chica del panteón de Dalwin? Haría falta otra exhumación, el escándalo… y posiblemente su padre pudiera dar una explicación oficial, infinitamente más plausible que la nuestra. Supongo que nadie aceptaría que, ante el jurado y el tribunal, se decapitase el cadáver de la joven y se atravesara su cuerpo con una estaca.

—Pero… pero entonces… nada se ha logrado… —gimió Belinda.

—Mucho se ha logrado —rectifiqué yo—. Primordialmente, tenemos a alguien a nuestro lado: Dennis Markham, de Scotland Yard. Tú estás ahora escoltada, vigilada por policías que no permitirán que nadie se acerque a ti… no siendo yo mismo. *Sir* John es vigilado muy disimuladamente… y se busca a otros posibles inoculados que puedan haberse convertido en vampiros. A la menor evidencia cierta, Markham pasará al ataque. Confía en él, Belinda. Es un gran tipo, y tiene una especial obstinación en resolver sus asuntos por difíciles que sean.

—¿Crees… crees que *sir* John es un vampiro?

—Estoy seguro, sí. Y su hija está vampirizada ya. Si es realmente su hija…

—¿Puede ser… Drácula mismo?

—Podría serlo, si Drácula Vlad hubiera vuelto a la vida otra vez, tras ser decapitado y atravesado por el profesor… También podría ser el propio profesor Daniels, vampirizado.

—¿Tan joven?

—Recuerda que los vampiros no tienen edad, Belinda. No envejecen nunca. Su juventud-eterna es uno de los dones diabólicos de su falsa muerte. Cada noche que emergen, y entre sangre nueva en sus cuerpos frescos y vigorosos, se revitaliza su nefasta naturaleza, querida.

—Es todo tan espantoso, Roy… —Volvió a abrazarse a mí, angustiada.

—Lo es, cariño —asentí—. Pero ten calma. Ahora, en estos

próximos días, quizá Dennis llegue a una conclusión definitiva, y encontremos el modo de actuar, de sacar a los monstruos de su madriguera. Si el sepulcro de Brompton Cementery se abriese, si la doncella vampirizada saliera de su tumba… sería inmediatamente atacada por hombres especializados de Markham, que no hacen preguntas y se limitan a cumplir órdenes. Todos llevan machete y un madero de punta agudizada. Si llega la ocasión, la caza de vampiros comenzará despiadadamente. Eso no pueden esperarlo ellos. Aparentemente. Markham no sabe nada. Ha pedido disculpas a *sir* John Dalwin, está avanzando el expediente en el Ministerio del Interior, y me ha avisado de la demanda legal hecha por *sir* John contra mí, y que me hará ir a Old Bailey dentro de algunas semanas… Como verás, *sir* John no puede sospechar que se le vigila y se conoce la naturaleza diabólica de la muchacha que enterró en Brompton. Sencillamente, éste es un compás de espera. Estamos aguardando, Belinda… Aguardando…

—Pero ¿aguardando *qué*? —musitó ella, estremecida.

—Eso… no lo sé —tuve que confesar, con mi frente surcada de ensombrecidas arrugas.

CAPÍTULO V

Aguardar…

A veces, aguardar es difícil. Agotador, exhaustivo, casi angustioso.

Sobre todo, cuando transcurran días, semanas enteras… Cuando nieva en las calles, hace intenso frío en Londres… y nada sucede. Cuando pasan fechas y fechas y se aproxima el fin de año, sin novedad alguna.

Todo en calma. Todo quieto. Sin problemas. Sin novedad de ninguna especie. Como si nada fuera a suceder, y todos nuestros temores fuesen infundados, fruto de una imaginación ardiente y de unos pensamientos absurdos.

Ésa era la situación. Entramos en la última semana de diciembre, exactamente en vísperas de que 1974 terminase y se iniciara el nuevo año.

1975. Fin de Año. Tres generaciones completas. Setenta y cinco años exactos, desde la noche aquella en que entró el año 1900…

Era demasiado esperar. Las noticias, día a día, iban resultando más y más desalentadoras. *Sir* John Dalwin no daba ningún paso sospechoso. Era visto con frecuencia, aunque siempre de noche. Eso, en un hombre con fama de noctámbulo, no resultaba raro. Aunque podía significar algo más. Sin ir más lejos, personas como yo mismo o el doctor Bellamy, sólo nos habíamos visto mutuamente en los clubs o en las residencias de amigos comunes, durante veladas de *week-end* o de recepciones especiales, sin que por ello se nos pudiera tachar de vampiros.

El mausoleo suntuoso de Brompton Cementery, no proporcionó novedad alguna. Ni fue violado desde el exterior, ni nadie lo abandonó en las largas y frías noches de diciembre. Belinda seguía vigilada cuidadosamente durante las noches, en su domicilio, sin que los agentes hubieran advertido anormalidad alguna en torno

suyo. Los cadáveres que eran hallados por la policía, ya fuesen aparentes homicidas, suicidios o accidentes, eran revisados cuidadosamente en los laboratorios forenses pero, tras el hallazgo de Godro, no se encontró a nadie más con las huellas de los incisivos en el cuello.

El caso languideció, la tensión fue relajándose, incluso en nosotros, y así llegamos al día treinta de diciembre, víspera de la fecha final de año. Justamente a setenta y cinco años de distancia de una noche en Sighisoara, en una tumba del cementerio de la familia imperial rumana, en que tres personas pisaron la cripta en busca de Drácula…

Yo estaba seguro ahora de que Drácula estaba en Londres. Pero fuese *sir* John o no, lo cierto es que seguía sin dar señales de su siniestra vida de ultratumba. Hasta que ese día…

* * *

Ese día, todo cambió bruscamente.

Debía haberlo sospechado, haber tomado alguna medida para prevenirlo, pero la propia calma de días anteriores, fue poco a poco relajando mis tensos nervios, y ni siquiera recordé la fecha en que nos hallábamos, hasta que fue demasiado tarde para impedir que sucediera lo que tenía que suceder.

Recuerdo muy bien que yo, estúpido de mí, tuve ante mis propios ojos la clave, antes de llegar el momento crítico. Pero no supe captarla, y eso es lo que complicó las cosas hasta límites alucinantes y terribles, que difícilmente podré jamás olvidar.

Tras el desayuno, había telefoneado a Belinda y al doctor Bellamy. A ella, para concertar los detalles sobre nuestra siguiente noche, víspera del Nuevo Año, y al doctor para visitarle antes de las fechas festivas que se aproximaban, y después de las recién cumplidas Navidades, con ánimo de cambiar impresiones respecto a algunas cosas de su profesión, como cliente suyo que era. Últimamente, mis nervios no andaban muy bien, y sufría a veces de insomnios, aunque ya no de pesadillas de cierto tiempo, afortunadamente. Esperaba que el doctor pudiera resolverme el pequeño problema, al tiempo que hablábamos del asunto de los

vampiros una vez más, pero el doctor no estaba en Londres, a causa de los días festivos, aunque era probable que volviera ese mismo día para celebrar el nuevo año en la ciudad. Si era así, me dijo la señora Ingram, se lo diría, para que me llamase a mi domicilio. Le di las gracias y colgué.

Hojeé tranquilamente el *Mail*, pasando casi por alto las noticias de política internacional, las deportivas, los sucesos, y otras informaciones tan poco interesantes como el hecho de que un cargamento de obras de arte de Tesalónica hubieran arribado al Burial Museum de Kensington, o que un famoso actor cinematográfico, americano, especializado en películas de terror, hubiera llegado a Inglaterra para rodar un film de ese género, con exteriores en el continente, junto a otros especialistas de nuestro país, capaces de erizar los caballos a cualquier público del mundo.

Todo eso me tenía sin cuidado. Ya mis cabellos se habían erizado demasiadas veces, y no precisamente ante una pantalla cinematográfica, pese a no ser un hombre miedoso, ni mucho menos.

Después del desayuno y la lectura del periódico, contemplé la tenue nevada sobre Londres, y oí por radio la temperatura reinante, que era realmente baja. Ello no me impidió salir a la calle, para encaminarme al club, donde quería despachar algo de correspondencia, antes de pasar por mis oficinas, donde me esperaba trabajo atrasado de los días de Navidad. Todo eso me ocuparía la mañana, hasta la hora de almorzar, y haría más breve mi espera hasta que me reuniera con Belinda por la tarde para ultimar nuestros detalles sobre los festejos de la Nochevieja, a ir a alguna parte.

Todos esos buenos propósitos derrumbáronse súbitamente cuando estaba en el club, redactando mi tercera misiva de felicitación del nuevo año a unos amigos de Birmingham y Liverpool.

—Señor Fisher, le llaman al teléfono —me dijo la venerable voz del buen Higgins, el conserje—. Es urgente.

—¿Urgente? —Fruncí el ceño—. ¿Ha dicho quién llama?

—Si —afirmó Higgins, solemne—. El inspector Markham, señor.

Me apresuré a ir al teléfono del club, con cierta aprensión. Eran solamente las nueve y media de la mañana, y la llamada de

Markham al club me hacía suponer que ya antes intentó localizarme en mi domicilio, sin encontrarme. Eso confirmaba la indicación de mi amigo, de que el motivo de su llamada era urgente.

—Soy Fisher —dije, apenas tomé el teléfono—. ¿Qué sucede, Dennis?

La voz de Markham me llegó agitada, muy agitada. Demasiado, incluso, en un hombre de su sobrio y frío temperamento:

—Roy, ocurre algo espantoso. Ven enseguida. Reúnete conmigo sin pérdida de tiempo. La dirección donde estoy es Fulham Road, 207, en Kensington. No tardes, te lo ruego.

—Pero, Dennis, ¿qué es lo que…? —Me detuve. Dennis Markham había colgado.

Fruncí el ceño, saliendo rápidamente a la calle. No me entretuve en buscar mi propio coche. Pasaba un taxi y lo tomé, dándole la dirección indicada. El vehículo partió a toda la velocidad de que es capaz un taxi londinense, que quizá no era la ideal para las prisas de Markham, pero que resultó válida para alcanzar Fulham Road unos quinte minutos más tarde.

Ante el número 207 había conmoción. Vehículos oficiales, coches de patrulla de Scotland Yard y nutridos grupos de curiosos, disueltos firmemente por los *policemen*. Apenas llegué, me identifiqué, y los agentes me dejaron pasar, cumpliendo órdenes del inspector.

Yo no entendí absolutamente nada de todo aquello, pero algo me hacía sentir aprensión ante los hechos. Markham era la persona menos impresionable del mundo, y sus motivos para estar agitado debían ser, por tanto, sumamente graves.

Lo eran.

No tardé en comprobarlo, apenas asomé a una amplia sala, cuya puerta guardaban dos severos *bobbies*, cuyo rostro, bajo el casco tradicional, revelaba cierta extraña perplejidad, un especial sentimiento de temor o de sobresalto por lo que sin duda ya conocían…

Entré. Markham se volvió rápidamente, al oír mis pisadas. Estaba pálido como un muerto. Observé que otras personas ocupaban la habitación con él, y que ésta era una especie de antesala a un dormitorio. Observé la decoración: era *pop,* y acusaba la presencia de una muchacha joven y moderna: fundas de discos en

las paredes, *posters* de figuras de moda de la canción, una guitarra y cosas así.

En el umbral del dormitorio, un bulto aparecía cubierto por una colcha de colores.

—Hola, Roy —me saludó gravemente—. Estarás sorprendido, imagino.

—Un poco —admití—. ¿Qué ocurre, Dennis?

—Lo sabrás enseguida. —Me señaló a un taciturno personaje embutido en un negro abrigo, con bombín de igual color y paraguas al brazo. El típico *gentleman* británico. No le faltaban ni los bien curvados mostachos. Markham presentó—: Roy, este caballero es el superintendente Hogan, de Scotland Yard. Superintendente, mi amigo Roy Fisher.

—Es un placer… aunque no, en estas circunstancias —me dijo el policía, con una ceremoniosa cortesía—. Markham me ha hablado ya de usted. Claro está que imagino que él está sugestionado por una idea absurda, y usted, posiblemente, se halle en igual situación, señor Fisher…

—Superintendente, por favor —cortó mi amigo, con una acritud que desconocía en él, especialmente al dirigirse a un superior—. Le ruego que espere aún. Lo que va a ver ahora aquí no va a ser agradable, estoy seguro. Pero es *absolutamente preciso*… y a nadie va a dolerle más que a mí, puede creerme.

El superintendente le miraba de hito en hito. Yo hubiera querido entender algo, pero no me era posible. Miré el bulto bajo la colcha. Evidentemente, era un cuerpo humano.

—Es la señorita Markham. Jennie Markham, sobrina del inspector —me informó el superintendente Hogan, adivinando mis pensamientos—. Está muerta. Asesinada…

—Algo *más* que asesinada —cortó abruptamente Markham, para mi sorpresa—. Mira, Roy.

Miré. Él se inclinó, tirando del cobertor. Contemplé el cadáver lívido, juvenil, de color marmóreo y gesto de horror sin límites.

—Dios mío… —susurré, estremecido, cuando él tiró a un lado el cabello castaño de la muchacha, con mano que le temblaba ligeramente, y me mostró su cuello—. El vampiro…

La huella de los incisivos era nítida, perfecta. Sus prominencias en torno a los dos orificios mortales destacaban sobre la blancura de

su piel. Miré a Markham. No supe qué decir, salvo lo que hubiera sido rutinario en un caso así. Y no se lo dije.

—¿Te das cuenta, Roy? —musitó—. Sucedió anoche. Encontraron esta mañana su cuerpo. Era mi única sobrina. Una chica maravillosa, llena de vida, de juventud, de ilusiones…

—Sí, Dennis —dije roncamente—. Me doy cuenta. Pero ya no tiene remedio.

—Roy, tú sabes que *tiene* remedio —silabeó lentamente, mirándome con extraña expresión—. No puedes ignorar lo que va a suceder, cuando enterremos a esta desdichada criatura. Tú… tú conoces el proceso, el ritual, la ley natural del vampirismo como epidemia o plaga…

Le miré, asintiendo despacio. Era espantoso, pero era la pura y fría verdad. Aquella jovencita, en su reposo de la tumba, sufriría la mutación y… *sería uno de ellos*.

—Dios mío, ¿qué podemos hacer? —susurré.

—Tú sabes que puede hacerse *algo* —dijo, con tan rara entonación, que le miré, angustiado—. Por su eterno descanso, por el bien de otros… y porque el superintendente, y con él las autoridades que están por encima de mí, jamás creerían la historia. Y esto sería el principio de una epidemia espantosa.

—Es una completa tontería, señores —habló Hogan, con tono eficiente y seco—. Algún demente, un desequilibrado enfermizo, está tratando de fingir la existencia de un vampiro, eso es todo. Sabemos perfectamente que Drácula es una fantasía, y que los vampiros no existen sino en la imaginación de las gentes. Incluso es posible que el asesino lleve consigo un animal dañino, que deje esas huellas, pero… nada más.

—¿Nada más? —dijo, con tono extraviado, mi amigo—. Espérese, superintendente. Espérese sólo unos instantes… y saldrá de dudas para siempre. Lo que va a ver le convencerá de una vez por todas. Porque usted, señor Hogan… usted está convencido de que mi sobrina Jennie está muerta, ¿no es cierto?

—Oh, por supuesto.

—Total y definitivamente muerta, superintendente.

—Claro. Está el dictamen forense, su propia presencia… ¿Adónde va a parar?

—Sí, Dennis —asentí—. ¿Adónde vas a parar? ¿Qué te propones

realmente?

—Roy, creo que sabes lo que me propongo —dijo, con una especie de siniestra sonrisa.

—Oh, no, ¡no! —gemí, quedándome sin duda tan pálido como el cadáver de Jennie Markham—. No *puedes* hacer eso… y menos con… con tu propia sobrina. No serás capaz.

—Roy, ella ya no es mi sobrina. Sólo su cuerpo mortal. Dentro está el Mal. Una nueva forma de vida horrible y deshumanizada que, cada noche, hará de ella un monstruo. Hay que impedirlo, Roy, ¡hay que impedirlo!

—No, Dennis, reflexiona… —Traté de razonarle.

Era inútil. Markham había tomado una fría y espantosa decisión, que el superintendente no podía ni siquiera imaginar. Le vi tomar algo, de manos de un agente. Algo envuelto en un hule o plástico oscuro. Al desplegarlo, vi las dos piezas terribles…

Un machete… y un madero longitudinal, terriblemente afilado en un extremo, como una gigantesca púa, capaz de atravesar cualquier cosa. Temblé, convulso, sintiendo el sudor helado en mi piel. El superintendente, atónito, miraba a su subordinado, sin imaginar lo que iba a seguir después.

—Inspector, ¿qué piensa hacer ahora con eso? —demandó, algo irritado.

—Ya lo verá —dijo Markham.

Y súbitamente, se inclinó. Tiró del cobertor. Le vi bajar brutalmente, con un impacto terrorífico, la púa de madera afiladísima. Penetró ésta a través del cuerpo exangüe de su bella sobrina.

El superintendente desorbitó los ojos, sin creer lo que veía. Antes de que pudiera decir algo, de aquel cuerpo sin vida, sin sangre, brotó un alarido espantoso, alucinante, y los ojos piadosamente cerrados de la joven, se abrieron de nuevo, con una expresión de tremenda ira, de odio infinito hacia su tío. Los labios, al despegarse, exhibieron unos incisivos que habían comenzado a crecer…

Ante los escasos pero horrorizados testigos de aquella escena increíble, Markham completó su obra sin vacilar. El machete decapitó ferozmente a la muchacha. Aunque parecía sin gota de sangre, una oscura hemorragia cubrió sus ropas y nos salpicó a

todos…

Aún los ecos del alarido inhumano brotando de aquel cuerpo aparentemente muerto retumbaban en la habitación siniestra, en nuestros propios oídos…

CAPÍTULO VI

Me incorporé despacio, tomando otro café. Miré a Markham, pálido y hundido, en su asiento del despacho oficial en New Scotland Yard. Parecía otro hombre. Más cansado, más viejo.

—Cielos, cada vez que lo recuerdo… —musité, mirando a las sombras cada vez más acentuadas de la tarde—. Dennis, ¿cómo pudiste llegar tan lejos?

—Tenía que hacerlo —jadeó él—. Ya has visto el resultado. Ella… ella *era* ya un vampiro. Y el superintendente… lleva varias horas reunido con el ministro del Interior. Silenciaremos esto cuanto tiempo podamos, pero el Gobierno sabe ya que en 1975 habrá vampiros en Inglaterra. Y que eso será sólo el principio, Roy.

—¿Por qué tuvo que ser, precisamente, tu sobrina, Dennis? —musite, haciendo palabras una idea mía que me obsesionaba en las últimas y dramáticas horas.

—Roy, me temo que sea una venganza, un aviso, no sé… *Sir* John sigue vigilado. No sé si anoche saldría de su casa… o si lo haría simplemente como un murciélago, camino de la casa de mi sobrina.

—No me gusta la teoría del murciélago que se transforma en vampiro humano —rechacé—. Es convencional, propia de películas ingenuas. Creo que el vampiro sale por su pie, va al sitio donde desea ir, donde espera su víctima…

—Sí, yo también lo creo. En ese caso, no fue *sir* John. Él no abandonó el edificio, me consta. Otras veces, sí. Va al club, al museo del que es director… Pero ayer, no.

—Quizá haya otro vampiro en Inglaterra —sugerí—. Quizá… *varios*.

—¿Cómo? Si no vuelan, como tú dices, y como yo corroboro. ¿De qué modo podrían llegar a Inglaterra desde Transilvania? Están vigilados todos los embarques. Y también la tumba de Pamela

Dalwin…

—¿No ha llegado últimamente ninguna carga sospechosa, Dennis?

—No, en absoluto. Todo se controla. No hay ataúdes entrados en el país, ni cajas de parecidas características que no hayan sido examinadas previamente, tanto por avión como por barco, Roy. Salvo féretros y reliquias artísticas o históricas de tipo funerario, no hay nada que no haya sido sometido a revisión exhaustiva, créeme.

—Te creo. ¿Acostumbran a enviar muchas reliquias funerarias históricas?

—Bastantes. Siempre hay museos que reciben cosas así. Y, por regla general, usan las vías marítimas de carga. Recientemente llegó una de Tesalónica, otra de Egipto, una tercera de Nueva Zelanda…

—Dennis, entonces tal vez los vampiros… también utilicen la vía marítima, y no el avión —dije, de pronto, con gesto de duda—. El envío previo de Pamela Dalwin pudo ser sólo un señuelo, por si se nos ocurría la idea…

—Sí, es cierto —convino Markham, con un resoplido—. De todos modos, a menos que entrase clandestinamente en el país, no creo que hayan podido pasar mis controles, Roy.

Yo no estaba tan seguro. Algo me daba vueltas, subconscientemente, en mi cabeza. Estaba seguro de haber oído algo últimamente, de tener una serie de datos significativos, captados al azar, y que, sin embargo, tenían relación entre sí… Algo revelador, hubiera dicho yo. Pero la idea se evadía de mi mente, y dejé de pensar en ello para contemplar la noche que, rápidamente, caía sobre Londres.

—Cielos, que rápido pasó el día —comenté—. Lo de Kensington… Tu valerosa acción con la pobre Jennie, el traslado a Scotland Yard, la conferencia… y todas estas horas dándole vueltas al asunto… Creo que debo salir de esta obsesión, siquiera por unas horas. Me espera Belinda para ir a alguna parte. Además… mañana es Año Nuevo…

—Maldita sea, sí —afirmó, sombrío, Markham—. Año Nuevo… 1975… Las tres generaciones, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien —asentí, sombrío—. Tres cuartos de siglo… La cripta de Transilvania… y el profesor Daniels. Me temo que el profesor vampirizado… o el propio Drácula… están ya en

Londres, cerca de nosotros. Nos vigilan, al tiempo que tú haces vigilar a otros. Es un presentimiento, Dennis.

—Sí —musitó él, abatido—. También yo lo creo. ¡Oh, Dios, si al menos tuviera una pista, una sola…! Para encontrarles, para poder atacar antes de que ellos ataquen…

—Te dejo —me encaminé a la salida—. Nos veremos mañana, Dennis. Espero que esta noche vigiles muy especialmente a Belinda en su domicilio…

—No tienes que recordármelo. Y a *sir* John. Y a su hija difunta… Todos serán doblemente vigilados… con órdenes concretas en todos los casos. Espero que, esta misma noche, el Gobierno tome alguna decisión…

Salí de Scotland Yard, mientras ya las luces de Londres combatían dificultosamente la oscuridad y la bruma. Había dejado de nevar, pero el frío era intenso y la atmósfera estaba neblinosa. Llegué en pocos minutos a casa de Belinda. Su doncella me recibió, sorprendida.

—¿Cómo, señor? —preguntó—. ¿Ya aquí? ¿No esperó a la señorita?

—¿Esperarla? —Miré, extrañado, a la sirvienta—. Nelly, estábamos citados aquí mismo…

—Por supuesto, señor. Pero cuando llegó su llamada, cambiando los planes, ella no perdió tiempo en salir a reunirse con usted. Tiene que haberla encontrado en…

—¿Cuando yo llamé cambiando de planes? —repetí, estupefacto —. ¡Nelly, yo no he llamado! ¿De qué está hablando?

—Pero… era su voz, señor. Yo misma di el teléfono a la señorita. Ella habló con usted, se apresuró a salir…

—Dios mío… —Un sudor helado cubrió, de repente, mi cuerpo —. Nelly, ¿a qué hora ha sido eso?

—Hace… hace cosa de media hora… —musitó ella, preocupada —. Apenas oscureció, señor… ¿De veras no la citó usted en Kensington?

—*Apenas oscureció*… —repetí, como alucinado. Me apoyé, tembloroso, en la puerta—. Oh, no, Dios mío… Sería demasiado terrible. Con las sombras de la noche… ¡Belinda!…

Miré, horrorizado, al exterior. A la bruma, a las luces urbanas. Mis cabellos se erizaban como al presenciar el aniquilamiento de

Jennie Markham, convertida en vampiro…

—Pero… pero no lo entiendo… —sollozó la doncella, asustada—. ¿Cree que se trata de… de una broma? No puede ser… un rapto…

—Nelly, pronto… —Me rehíce, dominando mi pavor—. ¿Dónde se supone que la cité yo?

—En… es un *pub* de Kensington… En algo así como… como Las Armas del Rey…

—Las Armas del Rey… Nunca estuvimos ni ella ni yo en semejante lugar. No sé siquiera que exista… Nelly, por Dios, telefonee a la policía, pronto. Pregunte por el inspector Markham, explíquele todo. ¡Yo voy a Las Armas del Rey!

* * *

Había sido inútil. Lo sabía, antes de llegar allí.

Las Armas del Rey, en Redcliffe Gardens, Kensington, era un *pub* de gente joven, muy animado y ruidoso. Pero Belinda no estaba allí. Ni nadie la recordó, al mostrar yo mi fotografía a los empleados y a algunos clientes.

Cuando abandoné el *pub*, estaba convencido de lo que, en principio, sólo fuera un horrible temor. Belinda había sido llevada a una falsa cita conmigo. Y eso, apenas oscureció… Cuando *ya era de noche*.

Precisamente hoy, esta noche. A los setenta y cinco años exactos…

Quería hacer algo y no sabía el qué. Un horror sin límites sacudía todo mi ser, cegaba mis ideas, embotaba mi cerebro. Creo que me tambaleaba por las calles, porque un *policeman* se ofreció a ayudarme, y alguien con quien tropecé me llamó «borracho» o algo así.

Me detuve en el cruce de Redcliffe Gardens con Fulham. Miré a ambos lados, a través de la niebla espesa… Las luces callejeras eran manchones lívidos colgando de la bruma y de la noche. Las casas eran simples perfiles más oscuros, con salpicaduras de luz en puertas o ventanas.

Caminaba sin rumbo fijo, Fulham Road abajo. Pasé ante una

casa que me resultó familiar, escoltada por dos solemnes *bobbies*. Luego recordé que era el 207. La vivienda de Jennie Markham… Me paré en seco. Miré atrás de nuevo, a la casa siniestra.

Era curioso. La casa de Jennie… El *pub* de Kensington…

Kensington… ¿Por qué este barrio, precisamente, bailaba en mi cerebro, relacionado con algo más?

No hubiera podido decirlo. Y menos en esos instantes de confusión, de horror, de hundimiento total. Tenía que hallar a Belinda. Tenía que encontrarla, antes de que fuera tarde… si no lo era ya.

Seguí adelante de nuevo. Pasé ante un edificio Victoriano, bien iluminado. La placa de latón, a mi paso, brilló a la claridad de una farola:

Burial Museum

Un cartel avisaba, sobre la entrada:

Gran exposición de restos funerarios del pasado.
Con la colaboración del Instituto de Cultura de Tesalónica y de Atenas.

Seguí adelante siempre, tambaleante. Al diablo los museos especializados en cosas fúnebres[6]. Al diablo todo. Tesalónica, Atenas y el mismo infierno… Belinda, Belinda… ¿*Dónde* estaba Belinda?

Mi mente era una confusión total, un torbellino de ideas demenciales y oscuras: Transilvania, Sighisoara. Drácula Vlad, el profesor Daniels, Yvonne. Roger… *Sir* John, Pamela, Jennie, el superintendente Hogan… Belinda. Las Armas del Rey… Novisad, Tesalónica, los Cárpatos, el Burial Museum, Kensington…

De repente, unas cuantas palabras tomaron forma en mi cerebro. Me detuvo, con el impacto centelleante de algo que hería de pronto el fondo de mi mente, casi de modo doloroso.

Tesalónica. Kensington… Jennie Markham… Burial Museum… Sir John…

Palabras dispersas llegaron a mis oídos, mezcladas con una noticia sin interés, leída en el *Mail* aquella mañana:

«*Sir* John va a veces al club, al museo… Pero no anoche». «Todo controlado. Excepto los envíos culturales e históricos, naturalmente… Hay museos que exhiben reliquias funerarias… Un envío de Egipto, otro de Tesalónica…».

Tesalónica… Grecia. Puerto marítimo. A pocas, *muy pocas* millas de la frontera *rumana*.

—¡Estúpido de mí! —aullé—. ¡Lo tenía ante mis ojos y no lo veía! ¡Ya sé cómo ha llegado Drácula a Londres! ¡Ya sé *dónde* está!

Y con un gemido ronco, como un poseso, corrí hacia atrás, de regreso al Burial Museum de Kensington. Cercano a la casa de Jennie Markham, cercano al *pub* Las Armas del Rey…

Era pronto aún. Solamente las ocho. No habrían cerrado el museo todavía.

Pero lo estaban haciendo ya, cuando alcancé su escalera de acceso. Un empleado de oscuro uniforme me informó:

—Lo siento, señor. Vamos a cerrar ya. Abriremos mañana, pese a ser fin de año… Sólo hasta media tarde…

No le hice caso. Le pegué un empellón violento, penetré a la carrera en el edificio y me precipité entre sus columnas y vitrinas de exhibición, sin hacer caso de las voces del empleado.

—¡Belinda! —aullé—. ¡Belinda! ¡Soy yo, Roy! ¡Belinda, responde si estás aquí! ¡Sé que tienes que estar aquí! ¡Te han raptado y te han metido aquí, viva o muerta, lo sé! ¡Vamos, salid de vuestras tumbas, malditos espectros! ¡He descubierto vuestro secreto infernal!

Las puertas del museo chirriaban. Las estaban cerrando detrás de mí. Algunas luces de la vasta sala se apagaron, quedando solamente unas cuantas, que iluminaron espectralmente las carátulas, sarcófagos y motivos funerarios de otras civilizaciones remotas.

Giré en torno, busqué en vano entre tanto objeto lúgubre, la presencia de algo o alguien infinitamente más lúgubre aún. Grité, con una audacia incontenible, que era tan suicida como desesperada, puesto que mi objetivo primordial consistía en encontrar a Belinda, en rescatarla, si aún era tiempo, a su espantoso destino…

Mi sombra se alargaba monstruosamente sobre el suelo de baldosas, o se proyectaba, gigantesca y deforme, en los muros y sobre las reliquias culturales de otras tierras y épocas, a la fantasmal claridad de las luces del musco destinado a exhibir temas

mortuorios. Algo muy en consonancia con la identidad de su director, *sir* John Dalwin…

De repente, le vi.

Le vi frente a mí, emergiendo majestuoso, solemne, frío y siniestro como la propia Muerte. Hasta entonces, un sarcófago en pie, de origen oriental, le cubría casi totalmente. Al aparecer detrás, apoyando su mano en el sarcófago, observé la blancura marmórea de sus dedos, el aspecto de garra de ave de presa de esa mano… Y, sobre todo, la lividez de su rostro anguloso, el frío brillo de su mirada penetrante y maligna.

—Aquí me tiene, señor Fisher —dijo, lentamente—. ¿Cómo pudo encontrarme?

Era él. *Sir* John Dalwin. No era ninguna sorpresa para mí. Lo había sospechado desde un principio. Ambos nos miramos como dos antagonistas a punto de chocar. Avancé dos pasos. Él irguió su alta figura enlutada, contemplándome con glacial arrogancia.

—No siga —dijo, autoritario—. Será inútil que me ataque, usted lo sabe.

—*Sir* John, ¿dónde… dónde está Belinda, mi prometida? Sólo vine en busca de ella…

—Es admirable su capacidad de deducción, aunque admito que cometí algunos errores —dijo, con helada sonrisa, el aristócrata—. Sin embargo, nunca debió venir aquí. Sabe que no puede llevarla consigo. No le pertenece ya.

—¡Es mi prometida, la mujer a quien amo! —rugí—. ¡Y la llevaré conmigo, pese a todos cuantos se opongan! ¡Belinda pertenece al mundo, a la vida, no a un infierno de polvo, sangre y muerte!

—Se equivoca. Ella pisó la cripta cuando aún había algo de vida en Drácula Vlad… —recitó lúgubremente el vampiro, mirándome con fijeza hipnótica—. Estaba escrito en un viejo códice maldito, que ella nunca vio, que se quemó al aparecer ella en el umbral… Cuando una hermosa mujer asomara a la cripta y mirase a Drácula, él sobreviviría incluso al sacrificio supremo que aniquila a todo vampiro, por ser precisamente el Príncipe de las Tinieblas en persona. Pero esa mujer quedaría marcada para siempre, y su tercera descendiente, la mujer nacida a la tercera generación, sería la elegida por Drácula como esposa, para la eternidad.

—¡Belinda… esposa de Drácula! —rugí, convulso, desorbitados mis ojos, temblando mis manos, luchando desesperadamente, con fiereza sobrehumana, por evadirme al influjo siniestro de aquellos ojos diabólicos, taladrantes, dominadores y de hipnótico poder—. ¡No, nunca! ¡Yo lucharé hasta morir, si es preciso, para evitarlo! ¡Belinda, Belinda! ¡Respóndeme si aún estás con vida, y tu cerebro responde, y tu voluntad no es ya la de los muertos en vida!

—Es inútil todo, señor Fisher —me replicó glacialmente *sir* John —. Todo inútil. Ella no puede escucharle.

—Cielos, es que… ¿acaso ella ya… ya es *una de ustedes*? —Me horroricé.

—No aún. —La sonrisa de *sir* John helaba la sangre en las venas —. Pero lo será pronto. La ceremonia está a punto. Será una boda muy especial. La más hermosa de todos los tiempos, señor Fisher. Ahora espera en la cámara nupcial… el momento del sacrificio supremo a los poderes de la noche… y usted será un invitado de honor muy destacado, puesto que así lo ha querido…

—Nunca se consumará ese horror —dije, sibilante—. No será la esposa de Drácula… *jamás*. ¡Belinda, Belinda! ¡Escucha mi voz, amor mío! ¡En nombre de Dios, escucha mi voz!…

Aunque dio un leve paso atrás, la mención divina no pareció afectar seriamente a *sir* John. Como dijera el doctor Bellamy, todo evolucionaba con el tiempo. Hasta los vampiros y sus flaquezas. La tradición no siempre se cumplía…

—Es inútil todo. Pierde su tiempo, señor Fisher —hizo una invitación cortés hacia el fondo del amplio y siniestro museo—. Por favor, ¿quiere entrar? Odio la violencia, créame… Especialmente, cuando no sirve absolutamente para nada.

Me dispuse a acatar su invitación con un dominio férreo de mis sentimientos e impulsos. En ese instante mismo sucedió algo. Algo que no entraba en las previsiones de aquel ser, evidentemente.

—¡Roy! ¡Roy, mi vida! —gritó una voz aguda, humana, repleta de emoción y de angustia, al fondo del musco.

Y Belinda, una Belinda tétricamente pálida y envuelta en tules y gasas negras, que hacían de ella una siniestra novia vestida del color de la Muerte, surgió en el fondo iluminado, lanzándose, como una visión celestial, en mis brazos, tras la carrera a través de la sala, flotando sus gasas negras entre juegos fantasmales de luz.

Sir John Dalwin lanzó una sibilante imprecación, dando unos pasos atrás, sorprendido. Miró con ojos fulgurante a mi prometida.

—¿Cómo? —silabeó—. ¿Ha sido capaz su joven enamorada de salir del trance hipnótico en que estaba sumida, sólo a causa de su voz, señor Fisher?

—No sólo eso, *sir* John, o como quiera que se llame —dije, triunfante, apretando contra mí a Belinda, dispuesto a defenderla de los poderes de la sombra con todas mis fuerzas, que sabía más bien escasas, dada la talla del adversario—. Hay cosas que usted no podría entender… y que son más fuertes que la muerte, con sus poderes infernales…

—El amor —dijo, sardónico. Movió su cabeza de lado a lado—. Lo siento, señor Fisher. Esto no cambia nada. Nunca saldrán de aquí, ni ella ni usted. El museo está cerrado herméticamente… y ambos en nuestro poder.

—Aún no nos han vencido definitivamente.

—Será cuestión de momentos, se lo prometo —sonrió él, con frialdad.

—Me gustaría saber quién es usted —dije, apretando contra mí aquel cuerpo enlutado, que temblaba, entre sollozos, aferrándose a mí con desesperación—. ¿Acaso… el profesor Claude Daniels en persona, tras ser vampirizado por Drácula, hace tres cuartos de siglo?

—No, señor Fisher —negó lentamente *sir* John Dalwin—. ¡Yo soy Drácula Vlad!

Se irguió, altivo, solemne, convencido de su grandeza suprema. Me impresionó más que nunca.

Del fondo de la sala llegó la voz suave, apacible, casi amistosa:

—Un error de apreciación, Fisher, mi querido amigo. Él es Drácula… y *yo* soy el profesor Claude Daniels. Yo *siempre he sido* el profesor Daniels… vampirizado.

Me volví, con horror súbito. Identifiqué aquella voz, aquella figura, aquel rostro severo e inteligente…

—Usted… —murmuré, entendiendo muchas cosas que hasta entonces no entendiera—. ¡Usted… *doctor Bellamy*!

CAPÍTULO VII

Hasta ese momento, mi arma, mi única arma, había estado oculta entre mis ropas. No disponía de otra, y la había mantenido secretamente oculta, a la espera de un momento así, de una situación donde todo tuviera que resolverse de una vez por todas. Para mi bien, o para mi perdición definitiva.

Había adoptado la idea, tras presenciar, angustiado, el desenlace del tremendo experimento llevado a cabo por el inspector Markham con su propia sobrina, en presencia del superintendente Hogan. Aquella misma tarde, una de las medidas que adopté fue la de adquirir aquel objeto en una tienda de antigüedades del Soho.

Lo cierto es que mis esperanzas al respecto habían sido bien escasas en todo momento, pero consideré que era mejor que no llevar nada.

El comerciante me había ofrecido lo mejor que tenía: una vieja pieza de acero y hierro colado, en forma de pequeña tizona. Esto es: una espada corta, con empuñadura en cruz, puntiaguda y de doble filo, pero bastante manejable, dado su tamaño y peso. Me dijo que había pertenecido a un cruzado británico de tiempos de Ricardo. No sabía si era cierto, pero el arma y la cruz me parecieron adecuadas.

En este momento, abrí de modo simulado mi sobretodo oscuro, bajo el cual había situado el arma, sujeta por unas bandas de piel especialmente dispuestas por un experto de Scotland Yard, en presencia de Markham.

Tiré de la ancha daga, cuando estaban junto a nosotros, cerrándonos toda posible salida a Belinda y a mí, *sir* John y el doctor Bellamy. O más bien… Drácula y el profesor Daniels.

Elegí en primer lugar a *sir* John. Él era el espíritu mismo del Mal. El primero que debía caer, si aquello resultaba bien, lo cual sería de por sí un verdadero milagro.

Rápido, tiré bruscamente lejos de mí a Belinda, para evitarle

cualquier daño. Ella tiritó, asustada y sorprendida, al golpear el suelo, mirándome sin entender.

Para entonces, aprovechando la sorpresa súbita de los vampiros, yo había extraído el arma y lanzado un golpe con movimiento circular, rápido y virulento. En el empeño puse todas mis fuerzas. Mi corazón, mi alma… y acaso un ruego en mis labios, dirigido a las alturas.

Aquello podía parecer un doble crimen, pero no lo era. Sólo se trataba de aniquilar el Mal, una vez más. De exterminar, si era posible, a sus más poderosos agentes en el mundo.

Mi golpe de mandoble alcanzó, fulminante, a *sir* John. Chilló, despavorido, al sentir el tajo formidable contra su cuello. El filo era como una navaja de afeitar, pero con un peso y contundencia demoledores.

Vi saltar la cabeza de Drácula Vlad, como ya lo hiciera una vez, en el pasado, bajo el impacto del propio profesor Daniels, ahora convertido en uno de *ellos*. Un torrente de sangre saltó de sus carótidas, en horrible surtidor, que logró alcanzarme.

Mientras la sangre de Drácula brotaba, impetuosa, herí al doctor Bellamy. Cayó, con medio cuello seccionado, clavando en mí sus desorbitados ojos horrorizados. Se debatió en el suelo de baldosas, lo mismo que el decapitado cuerpo de su amo y señor, pugnando aún por extraer las fuerzas precisas para aniquilarme.

Yo me precipité hacia ellos sin perder tiempo, en tanto Belinda gritaba con supremo horror.

Fue una doble operación espantosa. La espada se hincó en sus pechos, atravesando sus costillas, partiendo el corazón en dos. Con un nuevo torrente de sangre escapó de sus cuerpos un doble alarido estremecedor, que retumbó en el museo desierto como un grito surgido del mismo infierno.

Luego, todo fue silencio.

Tiré la daga con la empuñadura en cruz. Corrí hasta Belinda, la tomé en mis brazos, la cubrí de besos, en tanto ella sollozaba, ocultando el rostro. Mis dedos recorrieron su cuello terso, sin señales de vampiros, para mi tranquilidad definitiva…

Afuera, alguien golpeaba fuertemente las puertas del museo. Oí la voz de Markham, estentórea:

—¡Abran, abran la puerta, pronto! ¡En nombre de la ley, abran

este recinto… o derribaremos la entrada!

Sonreí cansadamente, llevándome a Belinda conmigo hacia la salida. Atrás quedaban dos cuerpos inmóviles que, lentamente, iban convirtiéndose en polvo ceniciento sobre unos huesos que se desmoronaban por momentos…

—Vamos, cariño —murmuré—. La pesadilla terminó… El inspector ha atado cabos, llegando a mis mismas conclusiones… pero llega un poco tarde. Le gustará conocer el desenlace… Le gustará mucho… estoy seguro. Y esto es sólo el principio de la lucha final…

Belinda no decía nada. No se sentía capaz de ello. Sólo se apoyaba en mí, me miraba, con una mezcla de dolor y de felicidad que no tenía palabras para ser descrita.

Poco más o menos, lo mismo que yo experimentaba, allá en el fondo de mi ser…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Centro de Turismo Nacional de Rumanía, y Automóvil Club Rumano, respectivamente. Organismos especializados en su tarea, para atender a los extranjeros durante su visita al país, en especial si utilizan las rutas automovilísticas. < <

[2] Productora cinematográfica británica, especializada en el cine fantástico y de terror. Las más recientes y mejores versiones de los mitos terroríficos —*Drácula*, *Frankenstein*, *El doctor Jekyll* y *La momia*—, son suyos. < <

[3] Famosísimo y gran actor de la escena inglesa. Stoker estuvo muy unido a él desde 1878, y a su muerte —1905—, volvió a la Prensa. Esto y lo relativo a su viaje a Rumanía, es rigurosamente histórico. <<

[4] Palabras eslovaca y serbia que, respectivamente, significan una misma o parecida cosa: «vampiro», «hombre lobo» o «criatura diabólica capaz de transformarse en la noche». < <

[5] Jean-Jacques Rousseau: filósofo suizo, nacido en 1712 y muerto en 1778. Filosofía basada, principalmente, en una visión de la condición humana y su estructura social. El párrafo que cita el doctor Bellamy, es auténtico, y firmado por Rousseau. <<

[6] *Burial Museum*: en inglés, Museo Ardiente o Museo Funerario. <<